

# HERNANI

## PERSONAJES

HERNANI.  
 D. CARLOS.  
 DOÑA SOL DE SILVA.  
 D. RUY GOMEZ DE SILVA.  
 EL DUQUE DE BAVIERA.  
 EL DUQUE DE GOTHA.  
 EL DUQUE DE LUTZELBURGO.  
 EL REY.  
 EL PANCHO.  
 D. MATIAS.  
 D. RICARDO.

D. GARCÍ SUAREZ.  
 D. FRANCISCO.  
 D. JUAN DE HARO.  
 D. GIL TELLEZ GIRON.  
 DOÑA JOSEFA DUARTE.  
 UN MONTAÑÉS.—UNA DAMA.—TRES  
 CONJURADOS.—CONJURADOS DE LA LI-  
 GA SACROSANTA.—ALEMANES Y ESPA-  
 ÑOLES.—MONTAÑESES.—SEÑORES.—  
 SOLDADOS.—PUEBLO.—PAJES, ETC.  
 —La escena en España, en 1519.

## ACTO PRIMERO

El rey.

EN ZARAGOZA

Cuarto dormitorio. Es de noche. Hay una lámpara sobre una mesa.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA JOSEFA DUARTE, vieja, vestida de negro, con adornos de azabache a lo Isabel la Católica. D. CARLOS. (Llaman, dando un golpe a una puertecita secreta, a la derecha. La dueña, que está cosiendo una cortina carmesí, escucha. Dan un segundo golpe).

DOÑA JOSEFA. Será él ya. (Otro golpe). Llaman en la escalera secreta; voy a abrir.

Abre y entra D. CARLOS embozado hasta los ojos y con el sombrero calado. Buenas noches, caballero.

D. CARLOS se desemboza y se vé que lleva un rico traje de terciopelo de la moda castellana de 1519. La vieja retrocede con espanto.

13-NOV-08

1180550

DM DV C. J

15/11/15  
 5.16  
 Dublin - tr...  
 D...  
 Will - \$000  
 ext

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
 JOSE EMILIO GONZALEZ  
 FACULTAD DE HUMANIDADES  
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

Seminario Multidisciplinario Josemilio González  
 B. Directorato de Estudios Interdisciplinarios  
 Facultad de Humanidades  
 Universidad de Puerto Rico  
 Río Piedras, P.R.

¡Ah! ¡No sois Hernani! ¡Dios mío! ¡Socorro!

D. CARLOS. (Asiéndola por el brazo). Si dices una sola palabra más, mueres. Dime, ¿estoy en el aposento de doña Sol, prometida del duque de Pastrana, su tío, viejo venerable y celoso? ¿La hermosa joven ama a un caballero imberbe, te recibe todas las noches, admitiendo luego también al viejo? ¿Estoy bien informado? Contesta.

JOSEFA. Me habéis prohibido hablar.

D. CAR. Dime sólo sí ó no. ¿Es tu señora Sol de Silva? Habla.

JOSEFA. Sí. ¿Por qué?

D. CAR. Por nada. ¿El duque, su futuro esposo, está ahora fuera de su casa?

JOSEFA. Sí.

D. CAR. ¿Sin duda, ella espera al joven galán?

JOSEFA. Sí.

D. CAR. Pues ocúltame aquí.

JOSEFA. ¡A vos!

D. CAR. A mí.

JOSEFA. ¿Para qué?

D. CAR. Para nada.

JOSEFA. ¡Aquí! Jamás.

D. CAR. (Saca un bolsillo y un puñal y dice): Dignaos escoger entre esta bolsa y este puñal.

JOSEFA. (Escogiendo el bolsillo). ¡Sois un diablo!

D. CAR. Sí, dueña.

JOSEFA. (Abriendo un estrecho armario simulado en la pared). Entrad aquí.

D. CAR. ¿En esa caja?

JOSEFA. No tengo sitio mejor.

D. CAR. (Examinando el armario). ¿Será esto la cuadra de la escoba en que cabalga esta bruja? (Introduciéndose con dificultad). ¡Uf!

JOSEFA. (Juntando los manos escandalizada). ¡Un hombre aquí!

D. CAR. ¿Es acaso mujer el galán que espera tu ama?

JOSEFA. ¡Oh Dios! Oigo sus pasos. Señor, cerrad pronto esa puerta.

D. CAR. Si decís una palabra, moriréis. (Cierra el armario).

JOSEFA. ¿Quién será este hombre? ¡Jesús! Yo voy a llamar... ¿pero a quién? Todos duermen en la casa, menos nosotras dos. El otro va a llegar: a él le interesa esto, y tiene buena espada. (Pesando el bolsillo). Después de todo no es un ladrón. (Esconde el bolsillo al ver que viene DOÑA SOL.)

## ESCENA II.

Dicha, D. CARLOS, DOÑA SOL, luego HERNANI.

SOL. ¡Josefa!

JOSEFA. ¡Señora!

SOL. ¡Ah! Temo que haya sucedido una desgracia. Hernani debía estar ya aquí. (Oyense pasos por la puerta secreta). Ya viene. Abre antes que llame.

La dueña abre la puerta y entra HERNANI, que viene con capa y sombrero. Debajo de la capa viste el traje de los montañeses de Aragón, de paño pardo, con coraza de cuero. Lleva en el cinto un puñal, una espada y un cuerno de caza.

SOL. ¡Hernani! (Corriendo hacia él).

HERNANI. ¡Doña Sol! ¡Por fin te veo y me habla tu voz! ¿Por qué la suerte nos ha alejado tanto? ¡Tengo tanta necesidad de verte para olvidar a los demás!...

SOL. ¡Qué mojado vienes! ¿Llueve mucho?

HERN. No lo sé.

SOL. ¡Debes tener frío!

HERN. No: no es nada.

SOL. Quitate la capa.

HERN. ¡Sol de mi vida! dime: cuando inocente y tranquila duermes por la noche y el sueño plácido entreabre las rosas de tus tabios, ¿no te dice tu ángel cuán dulce es tu cariño para el infeliz a quien todos abandonan y rechazan?

SOL. ¡Ah!... ¡Pero has tardado mucho!... dime si tienes frío.

HERN. ¡Yo! ¡Me abrasso a tu lado! Cuando el amor celoso bulle en la cabeza y en el corazón agita sus tempestades, ¿qué nos importa que las nubes del cielo nos lancen agua ó relámpagos?

SOL. Dame, dame la capa y la espada. (DOÑA SOL le quita la capa).

HERN. (Llevando la mano al pomo de la espada). No, ésta no; es otra amiga inocente y fiel. ¿Está ausente de casa el viejo duque tu tío y futuro esposo?

SOL. Sí; podemos disponer de una hora.

HERN. ¡Una hora solamente! Luego ¿qué importa? ¿ángel mío, ¡es preciso olvidar ó morir! ¡Pasar contigo sólo una hora el que quisiera pasar contigo la vida y después la eternidad!

SOL. ¡Hernani!...

HERN. (Con amargura). Soy feliz cuando el duque sale de casa; y como el ladrón que tiembla cuando fuerza una puerta, así entro a verte y robo al anciano una hora de tus encantos y de tu mirada. ¡Me creo feliz, y él sentiría que le robase yo una hora, cuando él me roba a mí la vida!

SOL. Cálmate. (Entregando la capa a la dueña). Josefa; ponla a secar. (Haciendo a HERNANI una seña mientras que la dueña se va). Acércate a mí.

HERN. ¿Pero el duque está ausente?

SOL. Sí, bien mío. No pensemos más en él.

HERN. ¡No he de pensar si te ama y si vá a ser tu esposo! ¡Te besé el otro día y quieres que no piense en él!

SOL. No debes desesperarte por un beso de tío; en la frente; casi un beso de padre!

HERN. Te besó como amante, como marido, como celoso, como hombre a quien debes pertenecer. Es un viejo insensato, que al pié del sepulcro y para terminar su vital jornada necesita una mujer, y siendo un helado espectro quiere unirse a una joven, no viendo que, mientras que con una mano coge la tuya, la muerte le agarra la otra. Temerariamente se ha puesto entre nosotros: ¿Quién te obliga a tal matrimonio?

SOL. El rey lo quiere así.

HERN. ¡El rey! Mi padre murió en el cadalso, condenado por el suyo, y aunque mi odio hacia él envejeció después de aquella inmolación, para el hijo de aquel rey mi odio siempre es joven y desde niño juré vengar en el hijo la muerte de mi padre. Por todas partes busco al rey de ambas Castillas, porque es eterno el odio que existe entre nuestras familias. Nuestros padres han combatido durante treinta años sin compasión y sin remordimiento: mis padres han muerto, pero su odio vive. ¡Y el rey es el que forja ese execrable himeneo! Tanto mejor. Le buscaba y él se pone en mi camino.

SOL. ¡Me espantas!

HERN. Voy cargado con el peso de un anatema, y es preciso que a mí

mismo me espante. Escúchame: el hombre a quien el rey te destina, Ruy de Silva, tu tío, es duque de Pastrana, rico hombre de Aragón, conde y grande de Castilla. A falta de juventud, puede darte tanto oro y tantas joyas, que podrá resaltar tu cabeza entre las cabezas reales y podrás excitar la envidia hasta de las reinas. En cambio, yo soy pobre, y desde mi niñez no tengo más que los bosques adonde huf descalzo; quizás pudiera ostentar algún ilustre blasón, que hoy deslustra una mancha de sangre; acaso pocos derechos que yacen en la oscuridad cubiertos con el paño negro del patíbulo, y si no me equívoco, acaso un día pueda hacer brillar mi espada; pero hasta ahora sólo he recibido del cielo el dón común a todos; el aire, la luz y el agua. Pero ha llegado el momento de librarte del duque ó de mí; elige entre los dos: ó ser su esposa ó seguirme.

SOL. Te seguiré.

HERN. ¿Entre mis rudos compañeros, que están proscritos como yo y que el verdugo ya conoce; hombres de corazón y de hierro, que nunca se enmohecen, que tienen agravios que vengar? tendrás que ser la reina de mi banda, como yo soy un bandido. Cuando me perseguían en ambas Castillas, solo y huyendo por bosques y montañas, tuve que buscar asilo seguro, y Cataluña me acogió como una madre. Crecí entre sus montañeses, pobres, pero altivos y libres, y adquirí tal nombradía, que mañana, si hago resonar esta bocina, vendrán a ayudarme en són de guerra tres mil bravos montañeses. ¡Te estremeces! Te doy tiempo para que reflexiones lo que debes hacer. Piensa que si me sigues tendrás que errar conmigo por bosques, montes y arenales, y entre hombres parecidos a los demonios de tus sueños medrosos; recelar de todo, de las miradas, de las palabras, de los pasos, de los ruidos; oír silbar las balas de los mosquetes; vivir proscrita y errante como yo, y quizá, seguirme donde yo seguiré a mi padre; a la horca.

SOL. Te seguiré.

HERN. El duque es rico, honrado y grande de España; conserva sin tacha el viejo nombre de su padre, tiene gran influencia en la corte, y al entregarte la mano, te entrega con ella tesoros, títulos, felicidad...

SOL. Partiremos mañana. No vituperes mi extraña audacia. No sé si eres mi demonio ó mi ángel; sólo sé que soy tu esclava. Vé donde quieras; iré contigo; que te detengas ó no, seré tuya. ¿Por qué lo hago? Yo misma lo ignoro. Sé que tengo necesidad de verte, de verte a todas horas y siempre. Cuando se aleja de mí el ruido de tus pasos, creo que mi corazón cesa de latir; me faltas tú, y creo que estoy ausente de mí misma; mas cuando vuelvo á oír el ruido de tus pasos, recuerdo que vivo; y siento que vuelve a mí el alma fugitiva.

HERN. (Estrechándola en sus brazos) ¡Ángel mío!

SOL. Te espero mañana a la media noche. Ven con tu gente y espérame debajo de mi ventana; dá tres palmadas y... verás si soy valiente y fuerte.

HERN. Pero ¿tú no sabes quién soy?

SOL. Ni me importa. Lo mismo te seguiré.

HERN. Entonces es necesario que sepas el nombre, el título, el alma y el destino que oculta el pastor Hernani. Amabas a un bandido; ¿amarás también a un proscrito?

D. CAR. (Abriendo bruscamente la puerta del armario). ¿Cuando acabareis de referir vuestra historia? ¿Creéis que se está cómodamente en este armario?

HERNANI retrocede asombrado. DOÑA SOL lanza un grito y se refugia en los brazos de éste, mirando espantada a D. CARLOS.

HERN. (Echando mano a la espada). ¿Quién es ese hombre?

SOL. ¡Cielos! ¡Socorro!

HERN. ¡Silencio, doña Sol! Habéis dado aviso a los ojos celosos. Cuando esté yo a vuestro lado, suceda lo que quiera, no tenéis que reclamar más defensa que la mía. (A D. CARLOS). ¿Qué hacéis ahí?

D. CAR. ¿Qué hacía? Me parece que no galopaba por ningún bosque.

HERN. El que se burla después de la afrenta, se expone también a hacer reír a su heredero.

D. CAR. A cada cual le llega su turno. Señor mío, hablemos claros. Vos amáis a doña Sol y venís todas las noches a miraros en el espejo de sus ojos. Está bien; pero yo también amo a doña Sol y deseo conocer al que he visto muchas veces penetrar por la ventana, mientras yo me quedaba en la puerta.

HERN. Os juro, pues, que os he de hacer salir por donde yo entro.

D. CAR. Eso lo veremos. Ofrezco mi amor a esta dama, y podemos repartirlo entre los dos, si queréis. Comprendo que abriga su alma tal tesoro de cariño y de bondad, que será suficiente para los dos. Queriendo averiguar, en fin, esta noche lo que tanto me urgía, me sorprendísteis y me oculté aquí para escucharos. Pero oía muy mal y me ahogaba muy bien, y además, me estropeaba toda la ropa, a la francesa; por eso salgo.

HERN. Mi daga tampoco está bien en la vaina y quiere salir.

D. CAR. Cómo queráis, caballero..

HERN. (Sacando la espada). En guardia, pues.

SOL. (Interponiéndose). ¡Dios mío! ¡Hernani!

D. CAR. Tranquilizaos, señora.

HERN. Decidme vuestro nombre. (A D. CARLOS).

CARL. Decidme primero el vuestro.

HERN. Es un secreto fatal que me callo para decirselo un día a un hombre, cuando mis plantas vencedoras le pisen y mi espada penetre en su corazón.

D. CAR. ¿Cómo se llama ese otro hombre?

HERN. No os importa. En guardia. Defendedos.

Cruzan las espadas; DOÑA SOL cae desfallecida en un sillón. Al mismo tiempo llaman a la puerta y la dama se levanta sobresaltada.

SOL. ¡Cielos! ¡Llaman a la puerta!

Cesa el combate. Sale DOÑA JOSEFA por la puerta secreta.

HERN. ¿Quién es el que llama?

JOSEFA. ¡Dios mío! ¡Es el duque que vuelve!

SOL. ¡El duque! ¡Estoy perdida!

JOSEFA. ¡El desconocido! ¡Los dos con las espadas desnudas! ¡Se estaban batiendo!

Los dos adversarios envainan los aceros. D. CARLOS se cala el sombrero y se emboza hasta los ojos. Siguen llamando.

HERN. ¿Qué hacemos?

UNA VOZ FUERA. ¡Doña Sol, ábreme!

La dueña vá a abrir y HERNANI la detiene.

HERN. No abráis.

JOSEFA. (Sacando el rosario). ¡Santiago Apóstol, sacadnos de este apuro!

Siguen llamando.

HERN. (A D. CARLOS). Ocultémonos allí.

D. CAR. ¿En el armario?

HERN. ¿Entrad, que yo haré que quepamos los dos.

D. CAR. Gracias, es demasiado grande.  
 HERN. Huyamos, por allí. (*Indicando la puerta secreta*).  
 D. CAR. Huid vos; yo me quedo aquí.  
 HERN. ¡Vive Dios que me la pagaréis cara.  
 D. CAR. Abrid la puerta. (*A JOSEFA*).  
 HERN. ¡Qué dice!  
 D. CAR. Os mando que abráis.  
*Siguen llamando; la dueña abre temblando.*  
 SOL. ¡Estoy muerta!

### ESCENA III.

*Los mismos, D. RUY GOMEZ DE SILVA. (Barba y cabellos blancos, traje negro).—Criados con antorchas.*

RUY. ¡Dos hombres en el cuarto de mi sobrina y a estas horas! Venid todos aquí. Doña Sol, creo que tres hombres estamos de más en mi casa. ¿Qué hacen aquí estos caballeros? En tiempos del Cid y de Bernardo, recorrían ellos la España honrando ancianos y protegiendo doncellas; eran hombres fuertes, a los que pesaba menos el hierro de sus armaduras que a vosotros el terciopelo de vuestros trajes; respetaban las canas, consagraban sus amores con la religión, no hacían traición a nadie y conservaban el honor de sus linajes. Si deseaban casarse, tomaban a la mujer a la luz clara del día, sin tacha, con la espada, el hacha ó la lanza en la mano. Pero a estos felones, que cometen sus maldades durante la noche, y que a escondidas de los esposos roban el honor de las mujeres, el Cid, nuestro ilustre abuelo, los hubiera creído viles, los hubiera arrodillado, y por haber envilecido la nobleza, hubiera abofeteado sus blasones con la vaina de su espada. Eso harían los hombres de antaño con los de ogáño. ¿Qué habéis venido a hacer aquí? ¿Creéis que sólo soy un viejo de que se mofan los jóvenes? ¿Se van a reír de mí, que he encanecido en la guerra? Vosotros indudablemente no os reiréis.

HERN. Señor duque...

RUY. ¡Silencio! Tenéis de toda clase de armas, gozáis de jaurías y de festines, de las danzas y de todos los placeres de la juventud, dais serenatas y os falta un juguete, y este juguete queréis que sea un infeliz anciano. Rompedle, pues; pero plegue a Dios que no os salten las astillas a la cara. Seguidme.

HERN. Señor duque...

RUY. ¡Seguidme! ¿Acaso es esto cosa de risa? tengo en mi casa un tesoro, que es el honor de una doncella, que es el honor de toda una familia; esta joven, a quien yo amo, es mi sobrina, y dentro de poco será su esposo. La creo casta y pura, y sagrada para todo hombre, pero veo que no puedo abandonar mi hogar ni una sola hora, sin que un ladrón de honras penetre en él. ¿Queréis algo más de mí? (*Se arranca el collar*). Tomad, pisotead mi Toisón de Oro. (*Se quita y arroja al suelo el sombrero*). Deshonrad mis canas, y podréis decir mañana en la ciudad que sois dos jóvenes insolentes y disolutos, que habéis manchado la frente pura de un anciano.

SOL. ¡Ah! Señor...

RUY. ¡Escuderos! ¡Escuderos! ¡Venid a ayudarme! Traedme el hacha, el puñal y la daga de Toledo. Vosotros dos seguidme.

D. CAR. (*Dando un paso*). Duque, no se trata ahora precisamente de eso. Se trata de la muerte de Maximiliano, emperador de Alemania.

RUY. ¿Os burláis?

D. CARLOS, *se desemboza y se quita el sombrero.*

¡Santo Dios, el rey!

SOL. ¡El rey!

HERN. ¡El rey de España!

D. CAR. Sí; Carlos I. Mi augusto abuelo, el emperador, ha muerto, según he sabido esta misma noche, he venido a traerte en seguida esta noticia, a tí, mi leal súbdito, y a pedirte consejo, de noche y de incógnito: esto es sencillo, y nada de ruido se necesita.

RUY *GC. IRZ despide a sus criados haciendo una señal y se acerca al rey, al que DOÑA SOL examina con sorpresa y con temor, mientras HERNANI permanece aislado mirándole con ojos chispeantes.*

RUY. Pero, ¿porque tardásteis tanto en abrirme la puerta?

D. CAR. Venía demasiada gente contigo... Cuando un secreto de Estado me trae a tu palacio, no es para revelárselo a tus servidores.

RUY. Perdonad, señor. Las apariencias...

D. CAR. Basta. No hablemos ya de esto: así pues, el emperador ha muerto.

RUY. ¡Ha muerto vuestro augusto abuelo!

D. CAR. Su muerte me ha llenado de tristeza y de inquietud.

RUY. ¿Quién le sucede?

D. CAR. El duque de Sajonia; Francisco I de Francia es uno de los pretendientes.

RUY. ¿Dónde se reunirán los electores del imperio?

D. CAR. En Aix-la-Chapelle, en Spira ó en Francfort.

RUY. ¿Nuestro rey, que Dios guarde, no ha pensado jamás en el imperio?

D. CAR. Siempre.

RUY. Vos sólo sois el heredero legítimo del Imperio.

D. CAR. Lo sé.

RUY. Vuestro augusto padre fué archiduque de Austria, y el imperio tendrá presente que era abuelo vuestro el que ha dejado la púrpura por la mortaja.

D. CAR. Además soy ciudadano de Gante.

RUY. En mi juventud conocí a vuestro ilustre abuelo; yo soy el único que sobrevivo de todo un siglo; han muerto ya todos los que en él vivieron. Era un emperador magnífico y poderoso.

D. CAR. Roma se decide por mí.

RUY. Era valiente sin ser tirano; la corona le sentaba muy bien a su viejo cuerpo germánico. (*Se inclina y besa la mano a D. CARLOS*). Os compadezco, señor!

D. CAR. El Papa desea recobrar la Sicilia, pero yo creo que el emperador no puede poseer la Sicilia, y si me elige, hijo dócil, le devolveré a Nápoles. Consigamos el águila, que después... ya veremos si le dejaré roer los alones.

RUY. Con gran júbilo vería el veterano del trono cefir su corona a su ilustre nieto. ¡Le lloraremos siempre!

D. CAR. El Padre Santo es hábil. ¿Qué significa la Sicilia? Es una isla que cuelga de mi reino, un deshecho que apenas conviene a España. Así, me pregunta: «¿Qué harías, hijo mío, de esa isla atada al cabo de un hilo? Tu imperio está mal hecho; dame unas tijeras y cortemos.» Gracias, Santísimo Padre, porque de esos trapos, si me ayuda la fortuna, he de coser más de una al sacro imperio, y si me arrancaran algunos, remendaría mis Estados con otros ducados y con otras islas.

RUY. Consolaos, señor; en el imperio de los justos, los muertos aparecen más santos y más augustos.

D. CAR. El rey Francisco I es un ambicioso; muerto el emperador ha alzado la vista hasta el imperio. ¿No posee su Francia cristianísima? Como la herencia es buena, claro es que la codicia. Decla el rey Luis el emperador, mi abuelo: «Si yo fuera Dios Padre y tuviese dos hijos, haría Dios al primogénito y al segundo rey de Francia.» ¿Te parece que Francisco pueda tener algunas esperanzas?

RUY. Es un rey victorioso.

D. CAR. Pero no podrá cambiarlo todo. La Bula de Oro prohíbe elegir un extranjero.

RUY. Entonces, señor, vos sois rey de España.

D. CAR. Pero soy ciudadano de Gante.

RUY. La última campaña ha elevado mucho al rey Francisco.

D. CAR. El águila que acaso saldrá de mi cimera puede también desplegar las alas.

RUY. ¿Vuestra alteza sabe latín?

D. CAR. Mal.

RUY. Pues es una lástima, porque a la nobleza alemana le agrada que la hablen en latín.

D. CAR. Se contentarán con un español altivo, porque, creedme, duque, cuando la voz habla alto, poco importa la lengua en que habla. Voy a Flandes, y es preciso, mi querido Silva, que tu rey vuelva a España emperador. El rey de Francia lo removerá todo; quiero anticiparme y partir en seguida.

RUY. ¿No dejáis, señor, sin purgar antes a Aragón de esos bandidos que en sus montañas levantan la atrevida frente?

D. CAR. Ya he ordenado que el duque de Arcos los extermine.

RUY. ¿Pero habéis dado también la orden al capitán de la gavilla para que se deje exterminar?

D. CAR. ¿Quién es el jefe? ¿Cómo se llama?

RUY. Lo ignoro, pero dicen que es muy valiente.

D. CAR. Sólo sé que ahora se oculta en Galicia. Ya le harán entrar en razón algunas milicias.

RUY. Pues falsas noticias aseguran que está aquí.

D. CAR. Serán falsas... Esta noche me alojo en tu casa.

RUY. Gracias, alteza. Honrad todos al rey mi huésped.

*El duque hace formar en dos filas a los criados que llevan las antorchas hasta la puerta del fondo. Mientras se acerca DOÑA SOL a HERNANI. El rey los espía.*

SOL. (*Bajo a Hernani*). Mañana, sin falta, a media noche estarás debajo de mi ventana y me llamarás dando tres palmadas.

HERN. Sí, mañana.

D. CAR. (*Mañana! Nuestro hombre está cogido*). (*A Doña Sol con lanterna*). Permittedme que os ofrezca la mano para salir. (*El rey la conduce hasta la puerta*).

D. CAR. (*Volviendo y acercándose a HERNANI*). Os concedí el honor de cruzar vuestra espada con la mía; por muchos motivos sospecho de vos, pero el rey Carlos aborrece la traición. Idos, todavía me digno proteger vuestra fuga.

RUY. (*A D. CARLOS*). ¿Quién es ese caballero?

D. CAR. Es de mi séquito y se vá.

*Salen con los criados: el duque precede al rey, llevando en la mano una antorcha encendida.*

## ESCENA IV.

HERNANI.

Sí. De tu séquito soy; ¡oh rey!... ¡De día y de noche, seguiré las huellas de tus pasos con el puñal en la mano! Persigo a tu raza representando a la mía... ¡y ahora veo que eres mi rival!... Dudé entre amar y aborrecer. Mi corazón no era bastante grande para abrigaros a ella y a tí; amándola, olvidé el odio que me domina; ¡pero has venido a recordármelo, y el amor, que inclinaba la incierta balanza, la hace caer de la parte del odio! Has dicho bien; ¡soy de tu séquito! Ninguno de los cortesanos que te adulan y que te besan los pies te seguirá tan tenaz ni constante como yo los cortesanos van tras de tí por títulos y cruces, por juguetes de relumbrón, y yo voy para quitarte el alma del cuerpo y la sangre de las venas. Me habla al oído la venganza; espío, escucho y sigilosamente te persigo. ¡De día no podrás, ¡oh rey! volver la cabeza sin verme inmóvil como una sombra en tus fiestas, y de noche no la volverás tampoco sin ver ante tí mis ojos como dos áscuas.

(*Se va por la puerta pequeña*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO

El bandido.

ZARAGOZA

*Patio en el palacio del duque de Silva. A la izquierda se ven las altas paredes del palacio, en las que hay un balcón; bajo de él una puerta pequeña. A la derecha, y en el fondo, casas y calles. Es de noche. En las fachadas de algunos edificios hay luz en varias ventanas.*

## ESCENA PRIMERA.

D. CARLOS, D. SANCHEZ DE ZÚÑIGA, conde de Monterey; D. MATÍAS CENTURIÓN, marqués de Almunia; don RICARDO DE ROJAS, señor de Casapalma.

*Llega D. CARLOS seguido de los tres caballeros, que van con los sombreros calados y embozados en capas largas, que dejan ver por debajo las puntas de las espadas.*

D. CAR. Hé aquí la puerta y hé aquí el balcón... ¡Me hierve la sangre! ¡Hay luz en todas partes menos donde yo la creía ver!...

D. SANCHO. Señor, hablando de este traidor, ¿como le dejásteis partir?

D. CAR. Como lo dices.

SAN. ¡Y puede que fuese el jefe de los bandoleros!

D. CAR. Si lo era ó no lo era, no he visto nunca testa coronada tan altanera.

SAN. Decís que se llama...

D. CAR. Su nombre termina en *i*.

SAN. ¿Quizá Hernani?

D. CAR. Eso es, Hernani.

SAN. Pues él es.

D. MATIAS. Es el jefe de los bandidos.

SAN. ¿No recordáis lo que hablaba?

D. CAR. No podía oír nada, oculto en aquel maldito armario.

SAN. ¿Pero cómo le soltásteis, teniéndole en vuestro poder?

D. CAR. Conde de Monteroy, no me preguntéis más. No voy tras él, sino tras de su dama, porque estoy locamente enamorado de sus negros ojos, que son dos espejos, dos rayos, dos soles. Del diálogo que tuvo con ella solo oí estas palabras: «Hasta mañana a media noche.» Esto es lo esencial. Ahora, mientras el galán bandido se distrae en alguna fechoría, vengo antes que él y le arrebato la paloma.

D. RICARDO. Hubiera sido, completo robar la paloma y matar al buitre.

D. CAR. Excelente consejo, conde; sois muy diligente.

RIC. Señor, ¿con qué título os place que yo sea conde?

SAN. Su alteza se equivocó.

RIC. No, el rey me ha nombrado conde.

D. CAR. Basta; dejé caer ese título, recogedlo y en paz.

RIC. Gracias, señor.

*El rey se pasea por el fondo, mirando con impaciencia hacia las ventanas iluminadas. Los otros hablan entre sí en el proscenio.*

MAT. ¿Qué hará el rey de la dama cuando se apodere de ella?

SAN. La nombrará condesa, después dama de honor, y cuando tenga un hijo de ella, le hará rey.

MAT. ¡Rey un bastardo! Le haría conde, pero no creo que quiera sacar un rey de una condesa.

SAN. La hará marquesa, mi querido marqués.

MAT. Los bastardos se guardan para los países conquistados, de los que se les nombra virreyes; para esto es para lo que sirven.

D. CAR. *(Mirando con cólera las ventanas iluminadas)*. ¡Vive Dios! Esas luces me parecen ojos celosos que nos observan. ¡Qué largos son los momentos de espera! ¡Quién pudiera acelerar las horas! ¡Maldito balcón! ¿Cuándo te iluminarás? Ven, doña Sol, a brillar como un astro en las tinieblas de la noche. *(A D. RICARDO)*. ¿Es ya media noche?

RIC. Está próxima.

*Se ilumina el balcón de Doña Sol.*

D. CAR. ¡Ah! ¡Ved la luz en su balcón! ¡Ved la sombra de la dama en los cristales! Voy a hacer la señal que espera; hay que dar tres palmadas. Pero para que no se alarme viendo aquí tanta gente, retiraos a la esquina y guardadme las espaldas. Compartamos los amantes; la dama para mí y el bandido para vosotros.

RIC. Muchas gracias, señor.

D. CAR. Si viene a estorbarme dadle de estocadas, que, mientras, yo me llevaré a la dama; pero no le mateis, que es un valiente, y la muerte de un hombre, es cosa seria.

*Los tres caballeros se inclinan y se van. D. CARLOS da tres palmadas; al sonar la última asoma Doña Sol al balcón, vestida de blanco y con una lámpara en la mano.*

## ESCENA II.

D. CARLOS y Doña SOL.

SOL. ¿Eres tú, Hernani?

D. CAR. *(Me conviene callar)*.

*Vuelve a dar las tres palmadas.*

SOL. Bajo al momento.

*Cierra el balcón, y poco después abre la puerta pequeña que da a la calle, apareciendo en la escena con la lámpara y cubierta con un manto.*

¿Hernani?

D. CARLOS *se cala el sombrero y se acerca precipitadamente a ella.*

SOL. *(Dejando caer la lámpara)*. ¡Dios mío! ¡No es él!

*Quiere retroceder, pero el rey la detiene por el brazo.*

D. CAR. ¡Doña Sol!

SOL. ¡No es su voz! ¡Desdichada de mí!

D. CAR. ¿Quieres que esta voz sea mas afectuosa? es, en cambio, la voz amorosa de un amante real.

SOL. ¡El rey!

D. CAR. Ordena, pide, manda, mi reino es tuyo; porque el hombre que rechazas es el rey tu señor; es Carlos tu esclavo.

*Doña Sol trata de desasirse.*

SOL. ¡Socorro!

D. CAR. No te asustes, que no es el bandido el que te sujeta, sino el rey.

SOL. El bandido sois vos; ¿no os avergonzáis de vuestra acción? ¿Estas son las hazañas que han de dar fama al rey? ¡Venir de noche a robar una doncella! Mi bandido vale cien veces más que vos. Rey de Castilla, si el hombre naciese donde le coloca su alma, si Dios concediera los rangos midiéndolos por el corazón, él sería rey y el bandido vos.

D. CAR. ¡Doña Sol!

SOL. ¿Olvidáis que mi padre era conde?

D. CAR. Yo os haré duquesa.

SOL. Idos. ¡Es una vergüenza! Entre nosotros, D. Carlos, nada puede existir. Mi viejo padre derramó su sangre a mares por vos: pero su noble hija, es demasiado para ser vuestra concubina y demasiado poco para ser vuestra esposa.

D. CAR. Seréis princesa.

SOL. Rey D. Carlos, dedicad vuestros amorfos a las mujerzuelas; si insistís en vuestros infames planes, os demostraré que soy dama y que soy mujer.

D. CAR. Pues bien, compartiréis el trono conmigo; seréis reina, emperatriz.

SOL. No. Eso es mentira; y aunque no lo fuese, alteza, francamente, no se trata de vos; es preciso que lo diga, prefiero vivir errante con Hernani, fuera del mundo y de la ley, teniendo hambre y sed, huyendo siempre, participando de su triste destino, guerra, destierro, miseria y terror, á ser emperatriz con un emperador.

D. CAR. ¡Qué feliz es ese hombre!

SOL. Es pobre y vive proscripto.

D. CAR. Ser pobre y estar proscrito le favorece, porque por eso le amáis. Mientras yo vivo solo, a él le acompaña un ángel. Así, pues, ¿me odiais?

SOL. No os amo.

D. CAR. (*Cogiéndola una mano con violencia*). Pues nada importa que no me améis; vendréis conmigo, porque lo quiero y soy el más fuerte; vendréis conmigo porque soy rey de España y de las Indias.

SOL. (*Debatándose*). ¡Señor, tened piedad de mí! Ya que sois rey, podéis elegir entre las marquesas ó las duquesas de vuestra corte, que se verían felices con vuestro cariño. Poseéis las Castillas, Aragón, Navarra, Murcia, León y muchos reinos más, y fuera de España, Flandes y las Indias. Poseéis un imperio en el que nunca se pone el sol, y el pobre proscrito no tiene más que a mí, ¿y queréis robarle lo único que posee?

*Se hinca de rodillas a los pies del rey.*

D. CAR. Ven conmigo; nada escucho. Si me correspondes, te doy a elegir cuatro de mis reinos españoles: habla, elige.

SOL. Sólo quiero de vos... este puñal.

*Se lo arranca del cinto. El rey la suelta y retrocede.*

Atreveos ahora a dar un solo paso.

D. CAR. ¡Qué hermosa! No es extraño que ame a un rebelde.

*Va a dar un paso y DOÑA SOL alza el puñal amenazándole.*

SOL. Dad un paso más y os mato y me mato.

*El rey retrocede; DOÑA SOL se vuelve hacia la calle y grita con fuerza:*

¡Hernani! ¡Hernani!

D. CAR. Callad.

SOL. ¡Socorro!

D. CAR. Señora, ya que a tal extremo me reducís, os digo que para obligaros a venir conmigo me acompañan tres hombres de mi séquito.

HERN. (*Saliendo por detrás del rey*). Os habéis olvidado del otro.

*Vuélvese el rey y vé a HERNANI, que está inmóvil, con los brazos cruzados bajo su larga capa y con el ala del sombrero levantada. DOÑA SOL dá un grito y corre a abrazarle.*

### ESCENA III.

*Dichos y HERNANI.*

HERN. ¡Ah! el cielo es testigo de que de buena gána os hubiera buscado más lejos de aquí!

SOL. ¡Hernani, sálvame!

HERN. ¡Cálmate, vida mía!

D. CAR. (*¿Por qué habrán dejado pasar mis amigos a este jefe de bohemios?*) ¡Monterey! (*Llamando*).

HERN. Vuestros amigos han caído en poder de los míos y es inútil que reclaméis la ayuda de sus espadas impotentes. Por cada tres que vengan a ayudaros vendrán sesenta de los míos, y cada uno de los sesenta vale tanto como vosotros cuatro. Por eso es mejor que los dos arreglemos aquí nuestras diferencias. ¿Os atrevéis a poner la mano en esta doncella? Rey de Castilla, eso ha sido una imprudencia, eso fué una cobardía.

D. CAR. (*Con desdén*). No tolero reproches de un bandido.

HERN. ¡Os burláis! No soy rey; pero cuando un rey me insulta y además se chancea, mi cólera sube hasta la altura de su orgullo. Sois un insensato si aún conserváis la más mínima esperanza. (*Cogiéndole del brazo*). ¿Sabéis qué mano es la que os aprieta? Oídme:—Vuestro padre hizo morir al infó, y os odio; me habéis quitado mis bienes y mis títulos, y os odio; amáis a la mujer que amo, y os odio con toda mi alma.

D. CAR. Está bien.

HERN. Esta noche, sin embargo, que mi odio estaba lejos de vos, sólo sentía el deseo, la necesidad de ver a doña Sol. Anhelante y enamorado, acudo aquí y me encuentro con que tratábais infamemente de robármela. Cuando os habla olvidado os interponéis en mi camino; os repito que sois un insensato. Os he preso en vuestras propias redes; no podéis huir ni encontrar quien os socorra: ¿qué váis a hacer?

D. CAR. (*Con altivez*). No permito que me preguntéis.

HERN. No quise que os hiriera un desconocido, ni que escapárais a mi venganza. Defendeos. (*Sacando la espada*).

D. CAR. Soy vuestro rey y señor: matadme, pero no me bato.

HERN. Has olvidado que anoche se cruzaron nuestras espadas.

D. CAR. Ayer la crucé con vos porque ignoraba quién érais y porque vos no conocíais mi gerarquía; hoy nos conocemos.

HERN. Quizá.

D. CAR. No acepto el duelo. Asesinadme.

HERN. ¿Crees que para mí los reyes son sagrados?

D. CAR. ¿Creéis, bandidos, que vuestras viles gavillas pueden extenderse impunemente por las ciudades? ¿Creéis que, manchados de sangre y de crímenes, podréis pasar por generosos, y que nosotros, víctimas de vuestras violencias, ennobleceremos vuestros puñales con el choque de nuestras espadas? Eso jamás; ya que el crimen os posee y lo arrastráis tras de vosotros, no podemos batirnos. ¡Adelante! ¡Asesinadme!

*HERNANI, sombrío y pensativo, dá vueltas en la mano durante unos instantes al puño de la espada; después se vuelve bruscamente hacia el rey y rompe la espada contra el suelo.*

HERN. Vete; ya nos encontraremos, en otra ocasión.

D. CAR. Está bien. Dentro de pocas horas volveré al palacio y llamaré al juez. Han puesto a precio vuestra cabeza.

HERN. Ya lo sé.

D. CAR. Desde hoy sé que sois vasallo rebelde y traidor, y os aviso que os haré perseguir sin cesar. Os desterraré del reino.

HERN. Ya lo sabía; pero la Francia está muy cerca y allí me refugiare.

D. CAR. Voy a ser emperador de Alemania, y entonces os procribiré del imperio.

HERN. Me quedará el resto del mundo para desafiar tu cólera, y siempre encontraré un asilo donde no alcance tu poder.

D. CAR. ¿Y si fuera mío el mundo?

HERN. Entonces podría refugiarme en la tumba.

D. CAR. Desbarataré tus insolentes planes.

HERN. La venganza es coja y camina lentamente, pero al fin llega.

D. CAR. (*Con desden*). ¡Bah! ¡atreverse a la dama de un bandido!

HERN. Reflexiona que aun estás en mi poder, y piensa, futuro César, que si yo apretara esta mano leal, que es generosa, para tí, aplastaría en su huevo tu águila imperial.

D. CAR. ¡Hacedlo!

HERN. ¡Vete! Huye de aquí, pero toma antes mi capa.

*(Se quita la capa y se la echa en los hombros del rey).*

Mi capa te libraré de alguna puñalada; creerán que eres Hernani: tu cabeza es sagrada para todos, menos para mí.

D. CAR. Ya que me habláis de ese modo, no me pidáis nunca gracia ni perdón.

Váse D. CARLOS embozado en la capa del bandido.

#### ESCENA IV.

HERNANI y DOÑA SOL.

SOL. Ahora huyamos sin tardanza.

HERN. Veo que estás decidida a aceptar mi desgracia y a compartir mi vida y mi muerte: noble desco, propio de un corazón enamorado y fiel; pero para llevarme alegre a mi retiro el tesoro de hermosura de que está celoso un rey, para que me sigas y unas tu existencia a la mía, para llevarte conmigo, no es tiempo: veo la horca demasiado cerca.

SOL. ¡Qué dices!

HERN. El rey, a quien he desafiado cara a cara, va a castigarme porque he osado perdonarle. Huyó y ha entrado ya quizá en palacio y ha llamado ya a sus guardias, a sus criados, a sus caballeros y a sus verdugos.

SOL. ¡Ah! ¡Me haces temblar, Hernani! Pues entonces, apresurémonos; huyamos.

HERN. Ha pasado ya la hora de huir juntos. Doña Sol, cuando te vi, tan bondadosa y tan enamorada, te ofrecí aquello de lo que yo disponía, las montañas, los bosques, el negro pan del proscrito, la mitad del lecho de hojarasca ó hierba en que reposo; pero hoy sólo puedo ofrecerte la mitad del cadalso, y... perdona, ¡oh, Sol!, el cadalso es sólo para mí: sí, para mí.

SOL. Pero ese también me le habías prometido.

HERN. (Arrodillándose a los pies de Doña Sol). ¡Ángel mío! En estos momentos en que quizás la muerte me alcanza, declaro que, aunque proscrito y errante, soy feliz y digno de envidia porque me has amado, y porque amándome has bendecido mi frente maldita.

SOL. ¡Hernani mío!

HERN. ¡Loada sea la suerte que puso esta preciosa flor al borde de mi abismo! No te lo digo a tí, se lo digo al cielo que me oye, se lo digo a Dios.

SOL. Deja que te siga.

HERN. Cometería un crimen arrancando la flor al caer en el abismo. He respirado su perfume y es bastante. Vete; sé esposa del anciano; te dejo libre de tus juramentos... yo vuelvo a mi oscuridad; y tú, olvídame y sé dichosa.

SOL. No, yo te sigo; quiero la mitad de tu mortaja; no me separo de tí.

HERN. (Abrazándola). ¡Oh, déjame huir solo!

Después de abrazarla se separa de ella bruscamente.

SOL. (Con sentimiento). ¡Huyes de mí, después de haberte entregado la vida! ¡Me rechazas, y a pesar de tanto amor y desolación no me permites la dicha de morir a tu lado!

HERN. ¡Estoy desterrado, estoy proscrito, soy un hombre funesto!

SOL. ¡Eres un ingrato!

HERN. Pues bien, me quedo: puesto que lo quieres no me separo de tí. Ven, ven a mis brazos. Estaré a tu lado hasta que tú quieras y lo olvidaré todo. Siéntate en este banco.

Doña Sol. se sienta y él se coloca a sus pies.

La luz de tus ojos inunda mi alma. Entóname algún cantar como otras

noches, en que tus pestañas temblaban hasta dejar caer en mis labios las blancas perlas de tus lágrimas. ¡Seamos felices! Bebamos, ya que la copa está llena. Esta hora al menos es nuestra; olvidémonos de todo lo demás. Háblame y embriágame. ¿No es verdad, ángel mío, que es dulce amar y ser amados, ser dos, estar solos y hablar de amor de noche, cuando todo duerme? ¡Déjame reposar y soñar en tu seno, vida de mi vida!...

Oyense tañidos de campanas desde lejos.

SOL. (Levantándose asustada). ¿Oyes? Tocan a rebato.

HERN. No, esas campanadas anuncian nuestra boda.

Arrecia el campaneo. Se oyen murmullos confusos; se ven antorchas en las calles y luces en las ventanas.

SOL. ¡Huye! ¡Sálvate! ¡Gran Dios! ¡Parece que arde Zaragoza!

HERN. Tendremos boda con antorchas.

Se oyen gritos y choques de espadas.

SOL. Esa es la boda de los muertos, la boda de los sepulcros.

HERN. (Reclinándose en el banco). Volvamos a soñar.

UN MONTAÑÉS. (Corriendo con la espada en la mano). Señor, los alguaciles desembocan en la plaza en tropel. Alerta, monseñor.

HERNANI se levanta.

SOL. (Pálida). Bien te lo decía yo.

MONT. ¡Socorro!

HERN. Aquí estoy; no temas.

GRITOS A LO LEJOS. ¡Muera el bandido!

HERN. (Al montañés). Dame tu espada. Adiós, doña Sol.

SOL. ¡Soy yo quien te perdí! ¿Dónde vas? Ven, huyamos por esta puerta.

HERN. ¡Oh Dios! No puedo dejar solos a mis amigos.

Aumentan el tumulto y los gritos.

SOL. Esos clamores me aterran. (Reteniendo a HERNANI). Recuerda que si tú mueres, yo moriré también.

HERN. (Abrazándola). Un beso...

SOL. ¡Dueño mío! ¡Esposo mío!

HERN. (Besándola en la frente). ¡El primero!

SOL. ¡Y acaso el último!

Parte HERNANI y DOÑA SOL cae sobre el banco.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO

## El anciano.

## EL CASTILLO DE SILVA EN LAS MONTAÑAS DE ARAGON

*La galería de retratos de la familia de SILVA; salón cuyo decorado lo forman dichos retratos, con preciosas molduras, que coronan emblemas y escudos ducales.—En el fondo una puerta alta, gótica.—Entre los retratos hay colocadas completas panoplias de varios siglos.*

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA SOL, vestida de blanco, en pie junto a una mesa, y D. RUY GOMEZ DE SILVA, sentado en un sitial de roble.

RUY. ¡Por fin! ¡hoy es el día! Dentro de una hora serás mi duquesa, dejarás de ser mi sobrina para ser mi esposa y podré abrazarte como marido. Pero ¿me has perdonado ya? Confieso que no tuve razón para hacerte ruborizar ni sospechar de tí a primera vista; no debí condenarte sin haberte oído; pero las apariencias engañan y obligan al hombre a ser injusto. Me encontré con dos mozos gentiles; no debí dar crédito a mis propios ojos... hija mía, pero ¿cuándo uno es viejo!...

SOL. Siempre me lo recordáis. ¿Quién os censura?

RUY. Yo mismo, porque cometí el error. Nunca debí sospechar de una dama que se llama Doña Sol, cuyo corazón es de pura sangre castellana.

SOL. Cierto, bueno y puro, como acaso se verá bien pronto.

RUY. Escucha: no es dueño de sí mismo quien está enamorado como lo estoy yo de tí, y además es viejo ¿Porqué ser celosos, y perversos? porque somos viejos; porque la gracia, la belleza y la juventud de los demás nos dan miedo y creemos que nos amenazan; porque los demás nos dan celos que nos avergüenzan. Cuando veo pasar un pastor joven, cantando, por el verde prado, mientras yo sueño por mis sombrías avenidas, me digo a mí mismo a menudo: «De buena gana daría yo mis almenadas torres, mi antiguo palacio ducal, mis bosques y mis sembrados, mis rebaños y mis títulos, todas mis ruinas, por su cabaña nueva y su frente juvenil. Daría todo cuanto poseo por ser joven y hermoso como tú. ¡Pero estoy delirando! ¡No estoy lejos de la tumba!»

SOL. ¿Quién sabe!

RUY. Con todo, créeme; los jóvenes aman frívolamente; la doncella que los ama se muere por ellos y ellos se ríen de ella. Como los pajarillos de vistosas y ligeras alas, como de su pluma cambian de amor. Cuando un viejo ama, ama profundamente y guarda hasta la muerte joven el corazón. Mi afecto no es como un juguete de cristal, que brilla y tiembla; es un cariño severo, arraigado, sólido y paternal, de madera de roble, como mi sillón ducal. He aquí cómo yo te amo, y de otras cien maneras; como se ama a la aurora, a las flores y a los cielos. Al ver tu paso gracioso, tu negra pupila pura, sonrío de júbilo y siento en mi alma como una eterna fiesta.

SOL. ¡Ah!

RUY. Y luego considera que el mundo vé siempre con buenos ojos que cuando un hombre se acaba poco a poco, y vá a tropezar con las piedras del sepulcro, un ángel, una mujer pura vele por él, le cuide y se digne sufrir al inútil anciano, que va a morir. Serás para mí ese ángel con alma de mujer, que alegre la del pobre anciano y sufra el peso de la mitad de sus últimos años; hija por el respeto y hermana por la piedad.

SOL. Puede ser que en vez de precederme me sigáis, señor, que no es razón para vivir ser joven. Muchas veces los viejos se retardan y los jóvenes van delante; pues sus ojos se cierran de repente.

RUY. No nos ocupemos más de estas ideas sombrías, un día como éste debe ser de gozo; y díme: ¿cómo es que no estás vestida para la ceremonia? Apresúrate a ponerte el traje de boda, que la hora se acerca ya.

SOL. Siempre hay tiempo.

Entra un paje.

RUY. ¿Qué quieres?

EL PAJE. Señor, espera un peregrino a la puerta y os pide hospitalidad.

RUY. Quien quiera que sea, la dicha entra en la casa con el forastero que en ella se recibe. Que entre. ¿Se sabe algo del capitán de bandidos proscrito que hasta los bosques turbó con su rebelión?

PAJE. Que todo concluyó para Hernani, para ese león de las montañas.

SOL. ¡Dios mío!

RUY. ¿Qué dices?

PAJE. Que la banda ha sido deshecha. Dicen que el mismo rey iba en su persecución al frente de la tropa. La cabeza de Hernani ha sido pregonada por mil escudos reales. Pero se refiere que ha muerto en la refriega.

SOL. ¡Sin mí! ¡Pobre Hernani!

RUY. Gracias a Dios que al fin murió el rebelde. Alegrémonos, hija mía. Vé a engalanarte. Hoy debe ser para nosotros doble fiesta.

SOL. (Día de luto para mí). (Váse).

RUY. (Al paje). Que lleven a su aposento el cofrecillo que yo le regalo. Quiero verla adornada como una virgen, ante la que se arrodille el peregrino. Corre, dile que entre y guíale hasta aquí.

Váse el paje.

No está bien hacer esperar mucho tiempo a ningún huésped.

La puerta del fondo se abre y entra por ella HERNANI, disfrazado de peregrino. El duque se levanta y vá a su encuentro.

## ESCENA II.

## D. RUY GOMEZ, HERNANI.

HERN. ¡Paz y felicidad al generoso duque!

RUY. ¡Paz y salud al huésped recién llegado! (Siéntase en el sitial). ¿Eres peregrino?

HERN. Sí.

RUY. ¿Vienes de Armillas?

HERN. He seguido otro camino, porque por Armillas se estaban batiendo.

RUY. ¿La partida del proscrito?

HERN. No lo sé.

RUY. ¿Qué ha sido de su jefe Hernani?

HERN. ¿Quién es ese hombre?

RUY. ¿No le conoces? Peor para tí, porque has perdido la ocasión de ganar la suma con que han tasado su cabeza. Hernani es un rebelde al

rey; un capitán de bandidos que gozó largo tiempo de la impunidad. Si vas a Madrid le verás ahorcar.

HERN. No voy a Madrid.

RUY. Su cabeza pertenece al que la quiera coger.

HERN. ¡ (Que vengan por ella!).

RUY. ¿ Adonde vas, peregrino?

HERN. A Zaragoza.

RUY. ¿ A cumplir alguna promesa que hiciste a la Virgen?

HERN. Sí, a la Virgen del Pilar.

RUY. Deben cumplirse las santas promesas echas a los santos. Después de eso, ¿ no te lleva otro deseo a Zaragoza que ver el Pilar?

HERN. No, señor. Solo quiero ver la Virgen.

RUY. ¿ Como te llamas? Yo soy Ruy Gomez de Silva.

HERN. ¿ Cómo me llamo? (*Vacilando*).

RUY. Puedes callártelo si quieres. Nadie tiene aquí derecho de saberlo. ¿ Pides hospitalidad?

HERN. Sí, duque.

RUY. Sé bien venido; quédate en mi casa y dispón de todo. Para mí te llamas huésped. Te acojo, seas quien fueres, que al mismo Satanás recibirla si Dios me lo enviara.

*La puerta del fondo se abre de par en par. Entra DOÑA SOL con el traje nupcial. La siguen pajes, criados y dos damas, que llevan sobre un almohadón de terciopelo un cofrecillo cincelado, que dejan sobre una mesa. El cofrecillo encierra una corona ducal, brazaletes, collares y perlas y brillantes amontonados. HERNANI, jadeante, mira con ojos ardientes a la novia, sin escuchar al duque.*

### ESCENA III.

*Dichos, DOÑA SOL, pajes, criados y doncellas.*

RUY. ¡ Aquí tienes a mi Virgen del Pilar! Ora ante ella y te atraerás la felicidad. Acércate, bella esposa; ¿ cómo es que no llevas todavía el anillo nupcial ni la corona?

HERN. (*Con voz de trueno*). ¿ Quién quiere ganarse mil carlos de oro? Yo soy Hernani.

*Todos se vuelven sorprendidos y asombrados. HERNANI se desgarrá el hábito de peregrino y aparece vestido de montañés.*

SOL. (*Con alegría*). ¡ Cielos, vive!

HERN. (*A los criados*). Soy el proscrito que persiguen. (*Al duque*). ¿ Queráis saber mi nombre? Pues me llamo Hernani. Es un nombre de proscrito. Os entrego la cabeza puesta a precio. Vale bastante para pagar vuestra boda. Os la ofrezco a todos; tomadla, que os pagará bien vuestra fiesta. Atadme de piés y manos, aunque eso será inútil, porque estoy atado ya por una cadena que no puedo romper.

SOL. ¡ (Desdichada de mí!).

RUY. ¡ (Sin duda mi huésped está loco!).

HERN. Vuestro huésped es un bandido.

SOL. Señor, no le déis oídos.

HERN. Os digo la verdad.

RUY. ¡ Mil carlos de oro! Tan enorme es la cantidad, que no estoy seguro de todos mis criados.

HERN. ¿ Qué importa? Que me delaten y me entreguen.

RUY. ¡ Callaos! Os pueden coger la palabra.

HERN. Amigos, la ocasión es buena; os repito que soy el rebelde Hernani.

RUY. ¡ Callad!

HERN. ¡ Soy Hernani!

SOL. ¡ Cállate por Dios! (*Bajo a HERNANI*).

HERN. Aquí se casan; yo también quiero casarme; mi esposa también me espera. (*Al duque*). Mi esposa es menos hermosa que la vuestra, señor duque, pero no es menos fiel... Mi esposa es la muerte.

SOL. ¡ Por piedad! (*Bajo a HERNANI*).

HERN. ¡ Hernani! ¡ Mil escudos de oro!

RUY. ¡ Es el demonio!

HERN. ¡ Veo que estáis temblando! ¡ Qué desgraciado soy!

RUY. Hermano, entregando tu cabeza se expondrían a perder la suya. Aunque seas Hernani ú otro cien veces más ruin, y en lugar de oro por tu vida ofrecieran un imperio, dentro de mi casa te protegería contra todos, hasta contra el mismo rey; porque a los huéspedes los envía Dios. Antes moriré yo que nadie se atreva a tocar un cabello tuyo. Doña Sol, dentro de una hora serás mi esposa. Vuelve a tu aposento. Voy a poner en armas todo el castillo y a cerrar las puertas.

*Váse seguido de sus criados.*

HERN. (*Mirándose el cinto*). ¡ Ah! ¡ No traer ni un puñal!

*Luego que ha desaparecido el duque, da DOÑA SOL algunos pasos para seguir a sus doncellas, pero después se detiene y retrocede cuando salen, acercándose con gran ansiedad hacia HERNANI.*

### ESCENA IV.

*HERNANI y DOÑA SOL.*

*HERNANI contempla con miradas frías el cofrecillo nupcial que está sobre la mesa; después meneá la cabeza y le centellean los ojos.*

HERN. Os doy mi parabien; me encanta, me enamora, y admiro vuestro traje de bodas. (*Acercándose al cofrecillo*). El anillo nupcial es de buen gusto... La corona ducal me agrada... el collar un hermoso trabajo... los brazaletes bellísimos; pero todo esto vale cien veces menos que la mujer hermosa que bajo una frente tan pura oculta un corazón infame. ¿ Qué habéis dado por esto? ¿ Un poco de amor? ¡ Verdaderamente es muy barato! ¡ Dios mío! ¡ Engañar así y no tener vergüenza de vivir! (*Examinando el cofrecillo*). Quizás las perlas sean falsas, el oro sea cobre, vidrio los diamantes, quizás estas joyas sean falsas. Si esto es así, duquesa, es falso tu corazón como estas jovas, y tú misma eres de oropel. Pero no, estos alhajas son de buena ley, son hermosas y buenas; no osaría engañarte el hombre que tiene un pie en la tumba. Nada falta: collar, brillantes, pendientes, corona, anillo nupcial... Es el obsequio que merece tu amor fiel, leal y profundo. Es precioso el cofrecillo.

SOL. (*Registra el cofre y saca de él un puñal*). No has llegado hasta el fondo. Este puñal, que arrebaté al rey Carlos al ofrecerme el trono, que desprecié por tí, que ahora me ultrajas...

HERN. (*Cayendo a sus piés*). ¡ Oh! deja que de rodillas recoja las lágrimas que derraman tus bellísimos ojos. Después recogerás toda mi sangre por esas lágrimas.

SOL. (*Enternecida*). Hernani, te amo y te perdono; porque sólo tengo amor para tí.

HERN. ¡ Me perdona y me ama! ¡ Después de lo que la he dicho, me ama y me perdona! Debo besar el suelo que tu pisas...

SOL. ¡Hernani mío!

HERN. Debo serte odioso; pero dime otra vez ¡yo te amo! tranquiliza a un corazón que duda; dímelo por piedad, porque muchas veces las palabras que salen de los labios de una mujer curan bien los males.

SOL. (*Absorta y sin oírle*). ¡Creerme tan olvidadiza! ¡No comprender que ningún otro hombre puede entrar en el corazón que él llena y le pertenece!

HERN. He blasfemado. En tu lugar yo, Doña Sol, me hubiera alejado ya de este loco furioso, que no sabe acariciar hasta después de haber ofendido. Recházame, que aún te bendeciré, porque has sido siempre tierna y bondadosa conmigo, porque me has sufrido mucho tiempo, porque soy perverso, porque he oscurecido tus días con mis noches. Tu alma es bella, noble y pura, y no tienes culpa de que yo sea perverso. Cásate con el duque; es bueno y poderoso; sé dichosa con él. Sé esposa del duque; él te merece más. ¿Cómo unir tu pura frente con mi cabeza proscripta? ¿Quién, viéndonos unidos, a tí tranquila y bella, a mí inquieto y fiero, a tí apacible y risueña como blanca azucena, a mí sombrío y azotado por tantas tempestades, quién dirá que nuestra suerte sigue la misma ley? Dios, que todo lo hace bien, no te creó para mí. No tengo derecho alguno para poseerte; yo me someto, yo se lo restituyo al que es más digno. Adiós venganza; amor, adiós. Todo se acabó para mí; llego a estar avergonzado de no haber sabido vengarme ni ser feliz. Nací para el odio y sólo he sabido amar. Perdóname, huye de mí, te lo ruego. Tú vives, yo estoy muerto. No veo porque has de encerrarte conmigo en una tumba.

SOL. Ingrato.

HERN. ¡Yo traigo la desgracia a todo lo que me rodea! Montañas de Aragón, de Galicia y de Estremadura, os arrebaté vuestros mejores hijos, y sin remordimiento les hice pelear por defender mis derechos y sucumbieron. Por mí murieron los hombres más bravos de la valiente España. ¡Esto es lo que yo procuro a todo el que se une a mí! No debes envidiar mi destino cruel; enlázate con el duque, con el infierno; todo eso será para tí mejor que yo. No me queda ni un amigo que me recuerde; es preciso ya que te llegue tu vez, porque yo debo vivir solo. Huye de mi contagio. Que no sea para tí el amor una religión; ten compasión de tí misma y huye de mí. Me consideras un hombre como los demás, un ser inteligente que vá derecho a conseguir el objeto de sus sueños; pues no, no lo soy. Soy una fuerza que impulsan, soy el instrumento ciego y sordo de los misterios tenebrosos, soy el alma de la desgracia hecha con las tinieblas. ¿Dónde voy? No lo sé. Sólo sé que me impele con soplo impetuoso un destino insensato; sólo sé que descendo y descendo, sin detenerme nunca. Si algunas veces, anhelante, me atrevo a volver la cabeza, oigo una voz que me grita: ¡Adelante!, y el abismo es profundo, y veo su fondo rojo, ó de llama ó de sangre, y alrededor de mi vertiginosa carrera, todo se destroza, todo muere. ¡Ay del que me toca! ¡Huye de mí! Apártate de mi fatal camino. Sin querer te haría daño.

SOL. ¡Gran Dios!

HERN. Demonio terrible es el mío; mi felicidad es el único prodigio imposible para él: porque mi felicidad eres tú... y tú no eres para mí. Busca otro señor... sería una ironía que el cielo me sonriese... enlázate con el duque.

SOL. No te bastó con desgarrarme el corazón, y quieres arrancármelo. ¡Ah! No me amas.

HERN. Eres para mí el ardiente foco de donde viene mi ardor; si huyo de él no me detengas, vida mía!

SOL. No puedo detenerte... pero moriré.

HERN. ¡Morir por mí! ¿Morir por tan poco?

SOL. Moriré. (*Llorando cae sentada en un sillón*).

HERN. (*Senándose cerca de ella*). ¡Lloras por mi culpa! ¿Quién me castigará ya que tú siempre me perdonas? Pero... mis amigos han muerto, ¡soy un insensato!... perdóname. Quisiera saber amar y no sé; ¡ay de mí! la pasión que me domina es muy profunda. ¡No llores! Quisiera tener un mundo para postrarlo a tus pies. ¡Soy tan desgraciado!

SOL. (*Abrazándole*). ¡Oh! No; tú eres el león soberbio y generoso que yo amo.

HERN. El amor sería el bien supremo si pudiéramos morir por amar demasiado.

SOL. Yo te amo y soy tuya.

HERN. ¡Oh! ¡una puñalada tuya me sería grata!

SOL. ¿No temes que Dios te castigue por hablar así?

HERN. (*Apoyando la frente en el seno de Doña Sol*). Pues bien, que Dios nos una. Tú lo quieres así, pues sea. Resistí cuanto pude.

*Se contemplan extasiados; D. RUY, que entra por el fondo, los ve y se para en el umbral como petrificado.*

## ESCENA V.

*Dichos y D. RUY.*

RUY. (*Inmóvil y con los brazos cruzados*). ¡Hé aquí el pago de mi buena hospitalidad!

SOL. ¡Dios mío! ¡El duque!

*Los amantes se separan sobresaltados.*

RUY. (*Siempre inmóvil*). ¿Así me remunera el huésped? Buen caballero, id a ver si la muralla está bien defendida, las puertas cerradas y el arquero vigilando en la torre. Revisad el castillo, vestíos en la armería una fuerte armadura, ciñéndoos a los sesenta años un arnés de batalla. Volved y veréis con qué lealtad pagamos la vuestra. En los largos años que he vivido, he visto asesinos, traidores, monederos falsos, criados infieles que envenenan a sus señores; he visto a Sforza, a Borgia y a Lutero, pero nunca ví perversidad tan grande que no temiera hacer traición al huésped. Este crimen no es de mis tiempos; tan negra traición petrifica al viejo en el umbral de su casa y le convierte en la estatua de su propia tumba. Moros y castellanos, ¿quién es este hombre?

*Levanta los ojos y pasea las miradas por los retratos que rodean la sala.*

¡Ilustres antecesores, ilustres Silvas que me escucháis, perdonad si en mi cólera digo ante vosotros que la hospitalidad es mala consejera!...

HERN. Señor duque...

RUY. ¡Silencio! ¡Muertos sagrados! ¡Antepasados míos, hombres de hierro, que sabéis lo que viene del cielo y lo que viene del infierno, decidme quién es este hombre! ¡Es Hernani ó Judas? ¿Visteis en vuestros días nada parecido?

HERN. Señor duque...

RUY. ¿Veis? ¡aun se atreve a hablarme el infame! Pero mejor que yo, vosotros leéis en su alma. ¡Es un bellaco! Sospecha acaso que mi brazo va a ensangrentar mis lares, que mi corazón se reserva una venganza horrible... Abuelos míos, ya lo estáis viendo, la culpa no es mía, es suya. Juzgadnos a los dos.

HERN. Duque de Silva, nunca se elevó hacia el cielo frente tan noble ni corazón tan grande como el vuestro. Soy culpable y no me defiendo, porque es justo que merezca vuestra cólera. Quise robaros esta dama, vuesa-

tra futura esposa, y manchar vuestro lecho; sé que esto es infame, pero podéis derramar mi sangre y después limpiar la espada, sin pensar más en ello.

SOL. Señor, él no es culpable; castigadme a mi sola.

HERN. Callad, doña Sol, porque esta hora es suprema y me pertenece, porque ya no tendré otra. Dejadme hablar al duque. Os juro, señor, que soy culpable; pero estad tranquilo, porque os juro que doña Sol es pura. Ella es pura y yo culpable; merece que la dediquéis todo vuestro cariño, y yo merezco que me déis una puñalada.

SOL. Yo soy la causa de todo, porque yo le amo.

D. RUY retrocede sorprendido al oír estas palabras y fija terribles miradas en DOÑA SOL; ella se arrodilla a sus pies.

¡Perdonadme, señor! ¡Perdonadme, pero le amo!

RUY. ¡Le amas! (A HERNANI). ¡Tiembra, pues!...

Se oyen fuera sonar trompetas; entra un paje.

¿Qué ruido es ese? (Al paje).

PAJE. Señor duque, viene el rey con su cuerpo de arqueros, y su heraldo es el que ha tocado la trompeta.

SOL. ¡Gran Dios, el rey! El último golpe.

PAJE. Pregunta el rey por qué está cerrado el castillo y quiere que se abra.

RUY. Abrid. (Vdse el paje).

SOL. (¡Está perdido!)

D. RUY se dirige a un cuadro, que es su propio retrato, y que es el último de la izquierda, toca un resorte y se abre una puerta; dejando ver un escondrijo practicado en la pared. Luego vuelve hacia HERNANI y le dice:

RUY. Entrad aquí.

HERN. Mi cabeza es vuestra. Entregádsela, señor, que soy vuestro prisionero y estoy decidido a morir.

Entra en el escondrijo, que vuelve a cerrar D. RUY, con el resorte.

SOL. ¡Señor, tened compasión de él!

PAJE. (Entrando). ¡Su alteza el rey!

DOÑA SOL se baja precipitadamente el velo. Abrese de par en par la puerta del fondo y entra por ella D. CARLOS en traje de guerra, seguido de multitud de gentiles-hombres y de arcabuceros.

## ESCENA VI.

Dichos, D. CARLOS y su séquito.

D. CARLOS avanza lentamente, con la mano izquierda en el pomo de la espada y la derecha en el pecho, mirando al duque con expresión de desconfianza y de cólera. D. RUY sale a recibirle y le saluda con profunda reverencia. Silencio prolongado. Con brusquedad,

D. CAR. ¿Por qué hoy, amado primo, tienes tan cerradas las puertas del castillo? Creía que estaba más roñosa tu espada, y no sabía que tuviese deseos de relucir en tu mano cuando venimos a verte. Te empeñas algo tarde en echarla de mozo. ¿Tenemos acaso turbantes? ¿Me llamaré Boabdil ó Mahoma y no Carlos de Austria, para que me levantes el puente y me bajes el rastrillo?

RUY. Señor...

D. CAR. (A sus caballeros). Tomad las llaves y apoderaos de las puertas. (Vánse dos de los caballeros). ¡Tratáis de despertar las rebeliones dormidas! ¡Vive Dios, señores duques, que si pretendéis hombrearos con el rey, el rey dará su lugar. A las cumbres más altas de los montes, donde tenéis los nidos, iré a destruir por mis propias manos vuestros señores.

RUY. (Irguiéndose). Los Silvas son leales y...

D. CAR. (Interrumpiéndole). Contéstame sin rodeos, duque; contéstame, ó hago arrasar tus once torres. Del incendio apagado queda una chispa encendida, de los rebeldes muertos se salvó el caudillo. Tú eres quien le encubre, tú ocultas en tu castillo a Hernani.

RUY. Señor, es verdad.

D. CAR. Pues bien, quiero su cabeza ó la tuya, ¿entiendes?

RUY. (Inclinándose). Quedaréis satisfecho.

DOÑA SOL se deja caer en un sillón, con la cabeza entre las manos.

D. CAR. ¡Ah! ¡cedes! Ve a traer al bandido.

El duque cruza los brazos, baja la cabeza y queda algunos momentos pensativo. El rey y DOÑA SOL le observan en silencio, agitados por emociones profundas. Por fin, el duque levanta la cabeza, se dirige al rey, le coge la mano y le lleva con lentitud ante el retrato más antiguo, que está a la derecha del espectador, y luego ante los otros, según habla.

RUY. Este es el más antiguo de los Silvas, el abuelo, el principio de la raza, Silvius, que fué tres veces cónsul de Roma. Galcerán de Silva, otro Cid, cuyos sagrados restos se guardan en Toro, en dorado ídolo. El fué quien libró a la ciudad de León del tributo de las cien doncellas. D. Blas, que por su buena fé se desterró del reino por haber aconsejado mal al rey. D. Cristóbal: en el combate de Escalona, cuando huía el rey D. Sancho a pié, y su blanca pluma servía de puntería a los tiros enemigos, ¡Cristóbal! gritó llamándole en su ayuda. Cristóbal le quitó la pluma y le dió su caballo. D. Jorge, él que pagó el rescate del rey de Aragón, D. Ramiro.

D. CAR. (Cruzando los brazos y mirándole de pies a cabeza). D. Ruy Gomez, os admiro; continuad.

RUY. Este es Ruy Gomez de Silva, gran maestro de Santiago y de Calatrava: su gigante armadura nos estaría muy grande: tomó trescientas banderas, ganó treinta batallas, y después de reconquistar para el rey a Motril, a Antequera, Suez y Nijar, murió pobre. Saludadle, señor. A su lado está D. Gil de Silva, su hijo, gran tipo de lealtad. Este otro es D. Gaspar de Mendoza y de Silva, honor de su estirpe. Todas las casas nobles tienen algo que ver con la de Silva. Sandoval nos teme y se nos une, Manrique nos envidia, Lara nos respeta y Alencastre nos odia. Tocamos á la vez con los pies a los duques y con la frente a los reyes.

D. CAR. ¿Os estáis burlando?

RUY. Hé aquí a D. Vazquez, llamado el Sabio, D. Jaime el Tuerto, que contuvo él solo un día a Zamit y a otros cien moros.

Al ver la impaciencia del rey, pasa de largo por entre algunos retratos y se dirige a los tres últimos de la izquierda.

Este es mi noble abuelo: vivió sesenta años y guardó siempre la fé jurada hasta a los judíos. Este otro anciano de venerable aspecto es mi padre. Fué grande, aunque llegó el último. Los moros de Granada hablan hecho prisionero a su amigo el conde Alvar Girón, pero mi padre reunió, para ir a buscarle, seiscientos hombres de guerra; hizo tallar en piedra un conde Alvar Girón, que llevó consigo, jurando por su patrono no desistir de su empeño hasta que el conde de piedra menease la cabeza. Combatió por el conde y consiguió salvarle.

D. CAR. Entregadme el prisionero.

*El duque se inclina ante el rey y lo lleva de la mano hasta el retrato que sirve de puerta al escondrijo de HERNANI.*

RUY. Este retrato es el mío. Rey don Carlos, gracias, porque queréis que este retrato diga a los venideros que le contemplan: «El último Silva, hijo de una raza tan elevada, fué un traidor, que vendió la cabeza de su huésped.»

*Alegria de DOÑA SOL. Movimiento de estupor en los circunstantes. Desconcertado el rey, se aleja con cólera del duque; después permanece algunos instantes en silencio, con los labios temblorosos y los ojos llameantes.*

D. CAR. Duque, tu castillo me estorba y lo haré derribar.

RUY. ¿Para vengaros de mí?

D. CAR. Por tanta osadía arrasaré tus torres, y en el solar del castillo haré sembrar cáñamo.

RUY. Prefiero, señor, ver crecer el cáñamo en el solar de mis torres, que ver una mancha vergonzosa en el blasón de los Silvas.

D. CAR. Duque, me has prometido entregarme esa cabeza...

RUY. Señor, os he prometido la mía ó la suya; os entrego la mía: tomadla.

D. CAR. Bien, duque, pero yo pierdo en el cambio. La cabeza que necesito es la de un joven, que el verdugo puede coger por los cabellos, lo que no podría hacer con la tuya.

RUY. No me afrentéis, señor; mi cabeza es ilustre y, aunque vieja vale más que la de un rebelde.

D. CAR. Entrégame a Hernani.

RUY. Os dije lo que tenía que deciros, señor.

D. CAR. (A los suyos). Registrad todo el castillo, desde los sótanos a las torres.

RUY. Mi castillo es tan fiel como yo: sólo los dos sabemos este secreto, y los dos lo guardaremos.

D. CAR. No olvides que soy el rey.

RUY. Hasta que demolido mi castillo piedra a piedra me sirva de sepulcro, no encontraréis nada.

D. CAR. ¡Son inútiles mis ruegos y mis amenazas! Entrégame a Hernani ó derribo tu cabeza y tu castillo.

RUY. Como gustéis.

D. CAR. Pues en lugar de una tendré dos cabezas. (Al duque de ALCALA). Prended al duque de Silva.

SOL. (Levantándose el velo é interponiéndose). D. Carlos de Austria, sois un rey malo.

D. CAR. ¡Gran Dios, Doña Sol!

SOL. Alteza, se conoce que no sois español.

D. CAR. (Turbado). Sois muy severa al juzgarme. (Se acerca a DOÑA SOL y le dice en voz baja). Vos sois la causa de mi cólera, porque al hombre que se os acerca le convertís en ángel ó en demonio; vuestros desdenes y vuestros enojos me convirtieron en tigre. Sin embargo, os obedeceré. (En voz alta). Amado primo, comprendo al fin que tus escrúpulos son legítimos; sé leal a tu huésped y desleal a tu rey. Soy mejor que tú y te perdono; pero me llevo en rehenes a tu sobrina.

RUY. ¡Qué oigo! ¡Sólo a ella!

SOL. ¡A mí, señor!

D. CAR. Sí, a vos.

RUY. Vuestra generosidad y vuestra elocuencia vencedoras perdonan la cabeza para torturar el corazón. ¡Buena merced!

D. CAR. Elige entre tu sobrina ó el rebelde. Necesito uno de los dos.  
RUY. Sois el rey...

D. CARLOS se aproxima a DOÑA SOL para llevársela y ésta se refugia en brazos de D. RUY GOMEZ.

SOL. Salvadme, señor (Separándose de su tío). (¡Desgraciada de mí! ¡Una cabeza ú otra!) Os seguiré. (Al rey).

D. CAR. (¡Por los santos, que fué magnífica idea).

DOÑA SOL se dirige al cofrecillo, lo abre y toma el puñal que hay dentro y se lo esconde en el seno. D. CARLOS se dirige hacia ella y le presenta la mano.

¿Qué habéis tomado de ahí?

SOL. Nada, señor.

D. CAR. ¿Acaso alguna joya?

SOL. Sí.

D. CAR. Veámosla.

SOL. Ya la veréis.

DOÑA SOL le dá la mano y se dispone a seguirle. D. RUY, que se ha quedado inmóvil y como asombrado, de pronto grita:

RUY. ¡Hundíos armaduras y murallas! ¡Señor, dejadme a Doña Sol, dejadme a mi esposa, dejadme a mi hija! ¡No tengo a nadie más en el mundo!

D. CAR. Pues entregadme el prisionero.

*El duque vacila; mira los retratos.*

RUY. ¡Tened todos piedad de mí! (al rey) ¿Tu lo quieres?

D. CAR. Sí.

*El duque, temblando, lleva la mano al resorte.*

SOL. (¡E os mío!)

RUY. ¡No! (Se arrodilla a los pies del rey). ¡Por compasión, señor, tomad mi cabeza!...

D. CAR. Tu sobrina.

RUY. ¡Llevadla y dejad mi honor!

D. CAR. (Tomando la mano a DOÑA SOL). Adlós, duque.

RUY. Dios os guarde, señor (echa la mano al puñal).

*El duque vuelve hacia el proscenio jadeante é inmóvil, sin ver ni oír nada, con las miradas fijas y los brazos cruzados sobre el pecho; entre tanto el rey sale con DOÑA SOL y con todo su séquito.*

RUY. Rey Carlos, mientras que sales alegre del castillo, mi antigua lealtad sale del corazón que llora.

*Levanta la cabeza, pasea la vista a su alrededor y se encuentra solo. Se acerca a una de las panoplias, saca de ella dos espadas, las mide y las deja sobre la mesa. Después se dirige al retrato, toca el resorte y se abre la puerta secreta.*

## ESCENA VII.

D. RUY y HERNANI.

HERNANI sale por la puerta secreta. D. RUY le señala las dos espadas que hay sobre la mesa.

RUY. Sal y elige. D. Carlos ya está fuera del castillo. Ajustemos pronto nuestras cuentas. ¿Te tiembla la mano?

HERN. ¿Me proponéis un duelo? No podemos batirnos.

RUY. ¿No puedes batirte porque tienes miedo ó porque no eres noble? Noble ó no, para cruzar el hierro conmigo todo el que me ultraja es bastante gentil-hombre.

HERN. ¡Anciano!

RUY. Ven a matar ó a morir.

HERN. A morir estoy dispuesto: a mi pesar me salvásteis la vida y es vuestra; tomadla, pues.

RUY. ¿Tu lo quieres? (Dirigiéndose a los retratos). Ya véis que lo quiere. (A HERNANI). Encomiéndate a Dios.

HERN. A vos he de dirigir el último ruego.

RUY. Dirígelo al Supremo Señor.

HERN. A vos; matadme con espada, daga ó puñal, como queráis, pero permitidme por última gracia que la vea antes de morir.

RUY. ¡Verla!

HERN. O a lo menos que oiga su voz por última vez.

RUY. ¡Oírla!

HERN. Comprendo, señor, tu celosía; pero ya que estoy en brazos de la muerte, permitidme que la oiga, aunque no la vea, y moriré contento. Ni siquiera la hablaré; estaréis presente y después me mataréis.

RUY. ¿Pero ese lugar oculto es tan sordo y tan profundo que nada has oído?

HER. Nada, señor.

RUY. Pues me v/ obligado a entregar a doña Sol ó a tí.

HERN. ¿A quién?

RUY. Al rey.

HERN. ¡Anciano estúpido! El rey la ama.

RUY. ¿El rey? (Asombrado).

HERN. ¡Es nuestro rival y nos la ha robado!

RUY. ¡Maldición! ¡Vasallos míos, a caballo, a caballo; persigamos al raptor!

HERN. Escuchadme: os pertenezco y podéis matarme cuando queráis; ¿pero queréis antes emplearme en vengar a vuestra sobrina y su virtud ofendida? Deseo tener parte en esta venganza, y os suplico que me concedáis esta gracia. Persigamos los dos al rey; seré vuestro brazo y os vengaré. Después matadme.

RUY. ¿Podré siempre disponer de tu vida?

HERN. Siempre, os lo juro.

RUY. ¿Por quién lo juras?

HERN. Por la memoria de mi padre.

RUY. ¿No te olvidarás nunca de lo que ahora prometes?

HERN. (Presentándole el cuerno que se quita del cinto). Tomad este cuerno. Suceda lo que suceda, cuando queráis, señor duque, en cualquier lugar, a cualquier hora que os ocurra que deba yo morir, tocad el cuerno y yo mismo me mataré.

RUY. (Tendiéndole la mano). Convenido.

Los dos se estrechan la mano. D. RUY se dirige a los retratos.

¡Todos vosotros sois testigos!

FIN DEL ACTO TERCERO.

## ACTO CUARTO

## El sepulcro.

AQUISGRAN

Subterráneo que encierra el sepulcro de Carlo-Magno, en Aquisgran.—Grandes bóvedas de arquitectura lombarda; gruesos pilares bajos, arcos, capiteles con relieves de pájaros y de flores.—A la derecha el sepulcro de Carlo-Magno, al que se entra por una puertecita de bronce, baja y cintrada. Una sola lámpara, suspendida de la clave de la bóveda, alumbra esta inscripción: CAROLUS MAGNUS.—Es de noche.—No se vé el fondo del subterráneo, y la vista se pierde en las arcadas, en las escaleras y en los pilares que se entrecruzan en la oscuridad.

## ESCENA PRIMERA.

D. CARLOS, D. RICARDO DE ROJAS, conde de Casapalma, con una linterna en la mano.

RIC. (Con el sombrero en la mano). Aquí es.

D. CAR. Aquí se reúne la Liga y voy a sorprender juntos a todos sus miembros. El elector de Tréveris les ha ofrecido este sitio... que está muy bien escogido. Cierta clase de rebeliones convienen con el aire de las catacumbas; bueno es aguzar los puñales en las piedras de los sepulcros, pero este juego es muy arriesgado; puede costar la cabeza. Bien hicieron en elegir un sepulcro para sus reuniones; así tendrán menos que andar.—¿Se extienden muy lejos estos subterráneos?

RIC. Hasta la fortaleza.

D. CAR. Más de lo que se necesita.

RIC. Otros subterráneos corren por este lado hasta el monasterio del Altenheim.

D. CAR. Donde Rodolfo exterminó a Lotario.—Repetidme otra vez, conde, los nombres y los agravios, dónde, cómo y por qué.

RIC. Gotha...

D. CAR. Sé por qué conspira; quiere que un alemán ocupe el imperio de Alemania.

RIC. Hohemburgo...

D. CAR. Ese, me parece que preferiría ir al infierno con Francisco I que ir al cielo conmigo.

RIC. Don Gil Tellez Girón.

D. CAR. ¡Ir; de Dios! ¡Ese infame conspira contra su rey!

RIC. Dícen que os encontró una noche en la alcoba de su señora, poco después que le hicisteis barón, y quiere vengar el honor de su tierna compañera.

D. CAR. Entonces que se rebele contra España entera. ¿Quién más?

RIC. Citan también al reverendo Vazquez, obispo de Avila.

D. CAR. ¿También para vengar la virtud de su mujer?

RIC. Además está descontento Guzmán de Lara, porque reclama el collar de vuestra órden.

D. CAR. Si no desea más que el collar... lo obtendrá.

RIC. El duque de Lutzelburgo. En cuanto a los planes que se ha propuesto...

D. CAR. Ese duque tiene la cabeza demasiado grande.

RIC. Juan de Haro, que quiere obtener a Astorga.

D. CAR. Los Haros siempre han pagado el doble al verdugo.

RIC. Ya no hay más, señor.

D. CAR. Pues no están todos, conde. No me has nombrado más que siete, y son más según mi cuenta.

RIC. Porque no os he hablado de algunos bandidos, comprados por Tréveris y por la Francia.

D. CAR. Esos son hombres sin escrúpulos, cuyo puñal se inclina siempre al oro como la aguja al polo.

RIC. Sin embargo, entre ellos ví dos muy audaces, recién llegados, un joven y un viejo...

D. CAR. Sus nombres, su edad...

RIC. Ignoro cómo se llaman; en cuanto a la edad, el más joven tendrá veinte años...

D. CAR. ¡Qué lástima!

RIC. El viejo lo menos sesenta.

D. CAR. El primero no tiene edad aun para conspirar, y el otro la ha pasado; peor para ellos. En caso de necesidad, el verdugo puede contar con mi ayuda. En vez de ser mi espada benigna para las facciones se la prestaré, si su hacha se embota, y para agrandar el patíbulo coseré si es preciso mi púrpura imperial al paño del cadalso.—¿Pero llegaré a ser emperador?

RIC. Reunido ya el Colegio, delibera a estas horas.

D. CAR. ¿Nombrará a Francisco I ó al sajón Federico el Sábio?—Lutero tiene razón: ¡Todo va mal!—Esos fabricantes de majestades sagradas sólo hacen caso de razones de relumbrón. ¡Un sajón herético! ¡Un conde palatino imbécil! ¡Un primado de Tréveris libertino! Al rey de Bohemia lo tengo de mi parte. Los príncipes de Hesse son más pequeños aun que sus Estados, son jóvenes idiotas ó viejos libertinos, coronas sin cabezas, y forman un ridículo concilio de enanos que yo podría llevar bajo mi piel de león como Hércules.—Me faltan tres votos, conde, y todo me falta. Por esos tres votos daría yo a Gante, a Toledo y a Salamanca, las tres ciudades que eligieran de Castilla ó de Flandes... Las daría... para recobrarlas más tarde. ¿Lo oyes?

D. RICARDO se inclina saludando y se pone el sombrero.

¿Os cubrís?

RIC. Señor, me habéis tuteado y ya soy grande de España.

D. CAR. (¡Me da lástima su pequeña ambición!)

RIC. Espero que proclamen a vuestra alteza.

D. CAR. (¡Alteza! ¡Es decir que no paso de rey!)

RIC. (Sea ó no emperador, yo ya soy grande de España).

D. CAR. En cuanto sea elegido el emperador de Alemania, ¿de qué modo se anunciará a la ciudad su nombre?

RIC. Si eligen al duque de Sajonia dispararán un cañonazo; dos si eligen al rey Francisco; tres si a vuestra Alteza.

D. CAR. Doña Sol me tiene irritado, conde; si por casualidad me hacen emperador, corre a buscarla... quizás me corresponda siendo César.

RIC. (Sonriendo). Vuestra alteza es demasiado bueno y...

D. CAR. (Interrumpiéndole). Sobre eso no digas más.—¿Cuándo sabremos el nombre del elegido?

RIC. Dentro de una hora lo más tarde.

D. CAR. ¡Por tres votos!...—Aplastemos antes a esa gente que conspira, que después ya veremos de quién será el imperio. Cornelio Agripa sabe mucho, y en el océano celeste ha visto venir a toda vela trece estrellas desde el Norte hasta la mía. Pero también dicen que el abad Juan Triteno ha predicho el imperio al rey Francisco. Debe, para ver brillar con más claridad mi fortuna, ayudar a la profecía con algún armamento. Las predicciones del más sabio hechicero tienen lugar mejor cuando un buen ejército con cañones y picas, peones y caballos, prepara el camino a la suerte que se espera. Quién vale más de los dos, ¿Cornelio Agripa ó Juan Triteno? El que tenga su sistema apoyado por un buen ejército y ponga la punta de una lanza al cabo de lo que dice, ó el filo de una espada, rehaciendo la mala fortuna cortando por lo sano del profeta.—Dejadme solo, que se acerca la hora en que se han de reunir los conjurados. Ah!... Dame la llave del sepulcro.

RIC. (Entregándosela). Señor, os ruego que no os olvidéis del conde de Limburgo, que es el guardián capitular que me la ha confiado, y que se esfuerza por complaceros.

D. CAR. (Despidiéndole). Bien... Haz todo cuanto te he dicho.

RIC. En seguida, señor.

D. CAR. ¿Conque tres cañonazos, eh?

RIC. Sí, señor; tres.

Se inclina y se va. Cuando D. CARLOS se queda solo, se abisma en meditación profunda, con los brazos cruzados. Después levanta la cabeza y se vuelve hacia el sepulcro.

## ESCENA II.

D. CARLOS solo.

D. CAR. ¡Carlo-Magno, perdona! Estas bóvedas solitarias sólo debían repetir palabras austeras, y sin duda te indignará el zumbido de nuestras ambiciones que resuena en el cóncavo de tu monumento. ¡Aquí reposa Carlo-Magno! ¿Cómo puedes, sepulcro sombrío, contenerle sin estallar? ¿Estás bien ahí, gigante de un mundo creador, y puedes hacer caber en tu sepulcro toda tu altura? ¡Magnífico espectáculo ofreció a la Europa forjada por sus manos, tal como él la dejó al morir! Un edificio con dos hombres en la cúspide; dos jefes elegidos, a los que se someten todos los reyes; casi todos los Estados, feudos militares, reinos, marquesados, son hereditarios; pero el pueblo tiene algunas veces su Papa ó su César; todo marcha y el azar corrige al azar. De esto nace el equilibrio, y siempre brilla el orden. Electores revestidos de telas doradas, cardenales de escarlata, Senado doble y sacro que conmueve la tierra, les sirven de pompa: surge una idea, según las necesidades de las épocas se agranda, corre, se mezcla en todo, se hace hombre y posee los corazones. Hay muchos reyes que la pisotean y la esclavizan; pero un día entra en la Dieta, en el Cónclave, y todos ven brotar de repente sobre sus cabezas la idea esclava con el globo en la mano y la tiara en la frente; el Papa y el emperador lo son todo. Nada hay en la tierra más que por ellos y para ellos. En ellos vive el misterio supremo, y el cielo, que les concede todos los derechos, les dá un gran festín de pueblos y de reyes; los sienta a la mesa, y Dios les sirve el mundo. Frente a frente los dos están sentados, y arreglan, recortan y mandan en el universo. Todo pasa entre ellos dos solos. Los reyes están a la puerta, respirando el vaho de los manjares, mirando tras de los vidrios y contemplando lo que pasa dentro, levantándose en la punta de los pies.

El mundo, bajo los reyes, se escalona y se agrupa. Ellos hacen y deshacen; los dos que se sientan a la mesa, el uno desata y el otro corta; uno representa la verdad y el otro la fuerza. Llevan en sí mismos su razón de ser, y existen porque existen. Cuando salen del santuario, iguales los dos, uno con la púrpura y el otro con sus blancas vestiduras, el universo entontecido contempla con terror esas dos mitades de Dios, el Papa y el emperador. ¡Ser emperador! (Con alegría) ¡Pero no serlo, y sentirse con valor para ello! ¡Qué dichoso fué el que duerme en este sepulcro! ¡Fué grande! En su época lo era aun más. El Papa y el emperador no eran ya dos hombres, eran Pedro y César, uniendo las dos Romas, fecundando una y otra en místico himeneo, dando forma y alma nuevas al género humano, fundiendo pueblos y reinos para hacer una Europa nueva, poniendo los dos en el molde de su mano el bronce que quedaba del viejo mundo romano. ¿Y éste es el sepulcro de Carlo-Magno? ¿Vale todo tan poco en el mundo que viene a parar en esto? ¡Haber sido príncipe, rey y emperador, haber sido la espada y la ley, haber sido gigante que tuvo por pedestal la Alemania, por título César y por nombre Carlo-Magno, haber sido más grande que Aníbal, que Atíla... y venir a parar aquí! ¡Ambicionar un imperio, para ver luego el polvo que queda de un emperador! ¡Hacer ruido, elevar muy alto el edificio imperial, para que quede luego reducido a estas piedras; y el título y la fama universal, para dejar sólo algunas letras que deletreen los niños; y por alto que sea el fin a que aspire el orgullo humano, acabar por estrellarse en una tumba, ¡es una demencia! Sin embargo, el imperio... el imperio... estoy tocándolo y me seduce. Una voz interior me dice: «Lo obtendrás!» ¿Lo conseguiré?... Si lo consiguiera... ¡Oh cielos! solo, en lo más alto de la espiral inmensa, estar sobre una pirámide de Estados y ver debajo todos los rangos, desde los reyes, hasta las casas feudales, margraves, cardenales, duces, luego los obispos, abates, altos barones, después sacerdotes y soldados, y más lejos, en las sombras, en el fondo del abismo, los hombres. ¡Los hombres! ¡es decir, un mar, un gran ruido, llantos y gritos, a veces un amargo reír!... ¡Los hombres!... Pero ascender a esa cúspide, sintiéndose simple mortal, teniendo a los pies el abismo y pudiendo sentir el vértigo... ¡Si desfalleciera sintiendo estremecerse el mundo bajo mis plantas y moverse la tierra!... ¿Podré soportar el peso del globo? ¿Quién me hará grande? ¿Quién me aconsejará? ¡Tú, Carlo-Magno, tú! (Cae de rodillas ante el sepulcro). Ya que Dios vence todos los obstáculos y pone nuestras dos majestades frente a frente, vierte desde el sepulcro en mi corazón algo de tu grandeza. Muéstrame la pequeñez del orbe; enséñame tus secretos para vencer y para regirle, y dime si vale más castigar que perdonar. Si es cierto que en su tumba solitaria despierta a veces a una gran sombra el fragor del mundo, y entreabriendo la tumba, alumbrando como un relámpago la oscuridad del universo; dime, emperador de Alemania, qué puede hacerse después de Carlo-Magno. Déjame entrar en tu santuario, déja que te contemple en tu mármoleo lecho. Aunque tu voz sepulcral me haga temblar, habla; ó si nada me dices, deja que Carlos de Austria estudie tu cabeza como un mundo; deja ¡oh, gigante! que te mida a su placer. Entremos. (Va a abrir el sepulcro y retrocede). ¡Gran Dios! ¡Si me hablase al oído! ¡Si estuviera él de pie dentro del sepulcro andando a pasos lentos! ¡Si saliera de su tumba con su cabello blanco! Es igual, entremos. (Ruido de pasos). Alguien viene. ¿Quién se atreve a estas horas a turbar la paz de tan augusta muerto, no siendo Carlos de Austria? (Se aproxima el ruido). Me había olvidado ya... Son mis asesinos; entremos.

Abre la puerta del sepulcro, que cierra tras sí; en seguida aparecen algunos encubiertos.

## ESCENA III.

## LOS CONJURADOS.

Se acercan unos a otros y se dan las manos, cambiando algunas palabras en voz baja.

CONJURADO 1.º (Con una antorcha encendida). Ad augusta.

CONJ. 2.º Per augusta.

CONJ. 1.º Los santos nos protejan.

CONJ. 3.º Los muertos nos sirven.

CONJ. 1.º ¡Dios nos guarde!

Entran otros CONJURADOS.

CONJ. 2.º ¿Quién vive?

VOZ EN LA OSCURIDAD. Ad augusta.

CONJ. 2.º Por augusta.

CONJ. 1.º Bien, ya estamos todos.—Gotha, habla.—Amigos; la sombra espera la luz.

Los CONJURADOS se sientan en semicírculos en los sepulcros. El primer CONJURADO vá de uno a otro, y en su antorcha todos los demás encienden cirios. Después se sienta en el sepulcro más alto, que está en el centro del círculo.

DUQUE DE GOTHIA. (Levantándose). Amigos, Carlos de España, que es extranjero por parte de su madre, aspira al sacro imperio.

CONJ. 1.º Obtendrá la tumba.

GOTHIA. (Tirando al suelo su antorcha y pisándola). Que hagan con su cabeza lo que yo hago con esta antorcha.

TODOS. Así sea.

CONJ. 1.º ¡Muera Carlos!

GOTHIA. ¡Muera!

TODOS. ¡Muera!...

JUAN DE HARO. Su padre es alemán.

DUQUE DE LUTZELBURGO. Su madre es española.

GOTHIA. De modo que ni es español ni alemán. ¡Muerte!

CONJ. 4.º ¡Si los electores le nombrasen emperador!...

CONJ. 5.º ¿A él? ¡jamás!

GIL TELLERZ. Hiriéndole en la cabeza no le coronarán.

CONJ. 1.º Si obtiene el sacro imperio, será tan augusta é inviolable que sólo Dios pueda tocarle.

GOTHIA. Lo más seguro es que espire antes de ser augusta.

CONJ. No le elegirán.

TODOS. No conseguirá el imperio.

CONJ. 1.º ¿Cuántos brazos se necesitan para meterle en el ataúd?

TODOS. Uno solo.

CONJ. 1.º ¿Cuántos golpes se necesita dar en su corazón?

TODOS. Uno solo.

CONJ. 1.º ¿Quién ha de dar ese golpe?

TODOS. Todos nosotros.

CONJ. 1.º Echemos suertes.

Los CONJURADOS escriben sus nombres en pequeños pergaminos, que rollan y depositan uno tras otro en la urna de un sepulcro.

CONJ. 1.º Oremos.



*Todos se arrodillan, menos el CONJURADO 1.º*

Que el elegido crea en Dios, hiera como un romano y muera como un hebreo; que tenga valor para resistir la rueda y las tenazas, para cantar en el potro, para reir en el fuego; en fin, que se resigne a matar y a morir.

*Saca de la urna uno de los pergaminos.*

TOPOS. ¿Quién es?

CONJ. 1.º (*Leyendo el pergamino*). Hernani.

HERN. (*Saliendo de entre los conjurados*). Yo he ganado... (*Después de tanto tiempo voy a conseguir mi venganza*).

RUY. (*Aparte a HERNANI*). Cédeme tu sitio.

HERN. No; no debéis envidiar mi buena suerte. Es la primera vez que la alcanzo.

RUY. Tu no tienes nada, y porque me cedas ese honor, te daré feudos, castillos, cien mil siervos de mis trescientas villas.

HERN. No.

GOTHA. Anciano, tu brazo no daría un golpe tan certero y tan firme.

RUY. Si el brazo me faltara, me sobraría el alma. (*A HERNANI*). Recuerda que me perteneces.

HERN. Mi vida es vuestra, pero la suya es mía.

RUY. Oye, amigo: te devolveré la bocina.

HERN. (*Vacilando*). ¡Cómo! ¡la vida!.. No, no; antes es mi venganza. Tengo también que vengar a mi padre y acaso algo más. ¿Y ella, Doña Sol? ¿me la concedes?

RUY. ¡Jamás! Piénsalo bien.

HERN. Señor duque, dejadme mi presa.

RUY. Pues maldito seas, ya que me quitas esta alegría. (*Separándose de él*).

CONJ. 1.º (*A Hernani*). Hernani, bueno sería acabar con Carlos antes de que le elijan emperador.

HERN. No temáis; sé bien cómo se manda un hombre a la tumba.

CONJ. 1.º ¡Que la traición recaiga sobre el traidor y Dios te guarde! Todos nosotros, si el elegido perece sin matar, juremos herir a nuestra vez sin excusa alguna, porque hemos condenado a muerte a Carlos.

TOPOS. (*Sacando las espadas*). ¡Juremos!

GOTHA. ¿Por qué juramos?

RUY. Por esta cruz.

*Tomando la espada por la punta y levantándola en alto.*

TOPOS. (*Levantando las espadas*). ¡Que muera impenitente!

*Se oye un cañonazo lejano. Todos se paran y callan. La puerta del sepulcro se entreabre. D. CARLOS aparece en el umbral pálido y escuchando. Suena otro cañonazo y después otro. Entonces se abre del todo la puerta del sepulcro, en la que permanece D. CARLOS sin dar un paso, de pie é inmóvil.*

#### ESCENA IV.

*Dichos, D. CARLOS, después D. RICARDO, señores y guardias; el REY DE BAVIERA y después DOÑA SOL.*

D. CAR. Señores, alejados un poco de aquí, que el emperador os oye.

*De pronto apagan todas las luces. Silencio profundo.*

D. CAR. ¡Silencio y noche! (*Avansa en la oscuridad, pudiendo distinguir*

*apenas a los conjurados, inmóviles y mudos*). ¿Creéis que porque os rodea el silencio y la oscuridad va a pasar esto como un sueño y os he de tomar por hombres de piedra sentados en sus tumbas? Para ser estatuas hablabais demasiado alto. Levantad las frentes abatidas, que aquí está Carlos V. Dad un paso y heridme... ¿No os atrevéis? Vuestras sangrientas antorchas arden bajo estas bóvedas, y bastó mi aliento para apagarlas; pero si apago algunas, enciendo otras.

*Pega con la llave en la puerta de bronce del sepulcro, y al hacer esta señal, todas las profundidades del subterráneo se pueblan de soldados con antorchas y partesanas: al frente de ellos aparecen el duque de Alcalá y el marqués Almuñan.*

Venid, halcones míos, que me he apoderado del nido. (*A los conjurados*). También yo alumbro a mi vez. ¡Mirad cómo resplandece el sepulcro!...

HERN. (*Mirando a los soldados*). Al verte solo me pareció grandioso; creí ver salir a Carlo-Magno, pero no es más que Carlos V.

D. CAR. Condestable de España, almirante de Castilla, desarmadlos.

*El duque de Alcalá y el marqués de Almuñan cercan a los conjurados y los desarman.*

RIC. ¡Majestad!

D. CAR. Te nombro mayordomo de palacio.

RIC. Dos electores, en nombre de la Cámara dorada, vienen a cumplimentar a la sacra majestad.

D. CAR. Que entren. (*Bajo a D. RICARDO*). (*Que venga Doña Sol*).

*D. RICARDO saluda y se va. Entran, precedidos de antorchas y de músicas, el DUQUE DE BAVIERA y el REY DE BOHEMIA, con mantos reales y las coronas ceñidas y con numeroso séquito de señores alemanes, que llevan la bandera del imperio, que tiene el águila de dos cabezas y el escudo de España en el centro. Los soldados se separan, dejando paso a los dos electores, que avanzan hasta el emperador y le saludan ceremoniosamente; éste les devuelve el saludo, quitándose el sombrero.*

DUQUE DE BAVIERA. Carlos, rey de los romanos, majestad sacratísima y emperador: el mundo está desde ahora en vuestras manos, porque sois dueño del imperio. Vuestro es el trono a que todo monarca aspira; fué elegido para ocuparle Federico, duque de Sajonia, pero juzgándoos más digno, no ha querido aceptarlo. Venid, pues, a recibir la corona y el globo: el sacro imperio os reviste de púrpura, os cife la espada y os hace poderoso, pues sois muy grande.

D. CAR. Iré a mi vuelta a dar las gracias al Colegio. Gracias, hermano mío, rey de Bohemia, y primo mío, duque de Baviera; yo mismo iré.

REY DE BOHEMIA. Nuestros abuelos, Carlos, eran amigos; nuestros padres también; ¿quieres que seamos hermanos? Te he visto pequeñuelo y no puedo olvidar...

D. CAR. Sí, rey de Bohemia, eres casi de mi familia. Id.

*CARLOS les presenta la mano para que la besen los dos electores, que le saludan profundamente y se van.*

LA MULTITUD. ¡Vivan! ¡Vivan! (*Al ver salir a los electores con su séquito*).

D. CAR. (*Soy emperador... por renuncia de Federico el Sabio*).

*Sale DOÑA SOL.*

SOL. ¡Soldados!... ¡El emperador!... Qué golpe tan inesperado! ¡Hernani!...

HERN. ¡Doña Sol!

RUY. (*Que está al lado de HERNANI*). (No me ha visto).

HERN. ¡Señora!...

SOL. (*Sacando el puñal del pecho*). Aun guardo su puñal.

HERN. (*Tendiéndola los brazos*). ¡Vida mía!

D. CAR. ¡Silencio! (Conviene que dé al mundo una lección). Lara el de Castilla y Gotha el sajón, y todos vosotros, ¿qué hacéis aquí? Hablad.

HERN. (*Dando un paso*). Señor, os lo voy a decir: grabábamos en la pared la sentencia de Baltasar. Queríamos dar al César lo que debíamos al César.

*Agitando el puñal.*

D. CAR. Silencio. ¿Vos también traidor, Silva?

RUY. ¿Quién de los dos lo ha sido, señor?

HERN. (*A los conjurados*). Consiguí nuestras cabezas y el imperio; logró lo que deseaba. (*Al emperador*). El manto azul de los reyes podía impedir vuestro paso; la púrpura os sienta mejor; en ella no se vé la sangre.

D. CAR. (*A RUY GOMEZ*). Primo Silva, has cometido una felonía que merece que se borren tus títulos del blasón. Sois reo de alta traición, señor duque.

RUY. Los reyes Rodrigos son culpables de que haya condes D. Julianes.

D. CAR. (*Al duque de Alcalá*). Prended sólo a los duques y a los condes; a los demás no.

*El duque de Alcalá obedece las órdenes del emperador.*

SOL. (¡Se ha salvado!)

HERN. (*Saliendo del grupo que ha quedado libre*). Deseo que se me cuente entre los nobles. (*A D. CARLOS*). Se trata de subir al cadalso, y Hernani, que es pobre pastor, quedaría impune; debiendo ser grande para morir, reclamo mis derechos. Dios, que dá los cetros y que concede el imperio a Carlos, me concedió a mí ser duque de Segorbe y de Cardona, marqués de Monroy, conde de Albatera, vizconde de Gor y señor de lugares cuyo número he olvidado. Soy Juan de Aragón, gran maestre de Aviz, que nací en el destierro, por ser hijo proscrito de un padre que condenó a muerte el tuyo, rey de Castilla. Vosotros usáis del cadalso y nosotros del puñal. El cielo me hizo duque y el destino montañés, y ya que somos grandes de España, cubrámonos. (*Se cubre, se dirige a los nobles y estos le imitan*). Si nuestras cabezas cubiertas tienen derecho a la cuchilla, nobles de título y de raza, debo ocupar mi sitio entre vosotros. Criados y verdugos, paso a D. Juan de Aragón.

*Se mete en el grupo de los señores presos.*

SOL. ¡Cielos!

D. CAR. En verdad había olvidado ya esa historia.

HERN. El que es víctima de ella tiene mejor memoria; la afrenta que el ofensor olvida, se renueva siempre en el corazón del ofendido.

D. CAR. ¡Luego sois hijo de padre que decapitó al mío!... Pues este título os basta.

SOL. (*Arrodillándose a los pies del rey*). ¡Perdón, señor! Sed clemente con él ó heridnos a los dos, porque es mi amante, es mi esposo, sólo por él vivo. ¡Perdonadle! ó matadnos juntos. Yo le amo. (*D. CARLOS la mira inmóvil*). ¿Qué idea siniestra os absorbe?...

D. CAR. Vamos; ¡alzaos! duquesa de Segorbe, condesa de Albatera, marquesa de Monroy... ¿qué otros títulos tenéis, D. Juan?

HERN. ¿Quién habla así? ¿El rey?

D. CAR. No; el emperador.

SOL. (*Levantándose con regocijo*). ¡Gran Dios!

D. CAR. (*A HERNANI*). Duque, hé aquí tu esposa.

HERN. (*Estrechando entre sus brazos a Doña Sol y levantando la vista al cielo*). ¡Justo Dios!

D. CAR. (*A D. RUY GOMEZ*). Primo mío, ya sé que está celosa tu antigua nobleza, pero un Aragón puede unirse con un Silva.

RUY. Los celos no son de mi nobleza.

HERN. Se acabó mi odio. (*Tira el puñal*).

RUY. (*Mirando abrazados a Doña Sol y a HERNANI*). (Mi loco amor sufre indecible tormento; debo callar y padecer en secreto, sino él se reiría).

SOL. ¡Duque mío!

HERN. Ya sólo me queda amor en el alma.

SOL. ¡Qué felicidad!

D. CAR. (Apágate, corazón ardiente y juvenil, y deja reinar a la cabeza que me turbaste. Desde hoy en adelante tus amores serán Alemania, España y Flandes. (*Mirando una bandera imperial*). El emperador, se parece al águila su compañera; en el sitio del corazón sólo debe tener el escudo).

HERN. ¡Sois César!

D. CAR. D. Juan, tu corazón es digno de tu raza y es digno de Doña Sol. De rodillas, duque. (*HERNANI se arrodilla; D. CARLOS se quita el Toisón y se lo cuelga del cuello a HERNANI*). Recibe el collar, (*D. CARLOS saca la espada y la golpea tres veces en la espalda*). Sé fiel. Por San Estéban, duque, te armo caballero de esta orden. (*Le levanta y le abraza*). Pero tú posees collar más precioso, el que yo no tengo, el que falta al poder supremo, el que forman los brazos de una mujer amada y amante. Vas a ser muy feliz... yo... yo seré emperador. (*A los conjurados*). Ignoro vuestros nombres, señores, y así también quiero olvidar el odio y el rencor. Idos en paz; os perdono. (*Los conjurados caen de rodillas*).

LOS CONJ. ¡Gloria al emperador!

RUY. (*A D. CARLOS*). Yo soy aquí el único castigado.

D. CAR. (*A D. RUY*). Y yo.

RUY. (Pero yo no perdono como él).

HERN. ¿Quién, pues, nos cambia así?

TODOS. ¡Viva Alemania! ¡Honor a Carlos VI!

D. CAR. (*Volviéndose hacia el sepulcro*). ¡Honor a Carlo-Magno! Dejados solos a los dos. (*Vánse todos*).

## ESCENA V.

D. CARLOS solo.

D. CAR. (*Inclinándose ante el sepulcro*). ¿Estás contento de mí, Carlo-Magno? Ya has visto que supe despojarme de las miserias de rey, y que al ser emperador soy otro hombre; ¿puedo emparejar mi yelmo de batalla con tu tiara papal? ¿Puedo gobernar el mundo? ¿Tengo el pie bastante seguro para marchar por el sendero sembrado de vandálicas ruinas, que tú hollaste con tus anchas sandalias? ¿Encendí mi antorcha en tu llama eterna? ¿He comprendido la voz que me hablaba desde tu sepulcro? Me encontraba solo, perdido, solo ante un imperio: todo un mundo me amenazaba y conspiraba contra mí; tenía que castigar al danés, tenía que pagar al Santo Padre, eran mis contrarios Venecia, Soliman, Lutero y Francisco I. Puñales enemigos centelleaban contra mí en la oscuridad; me rodeaban asechanzas y escollos, y veinte pueblos que harían temblar a cien reyes; todo esto era urgente y requería rápida y simultánea solución: te llamé para preguntarte: Carlo-Magno, ¿por dónde empezaré mi imperio? Y tú me respondiste: ¡Por la clemencia!

FIN DEL ACTO CUARTO.

## ACTO QUINTO

## La boda.

## EN ZARAGOZA

*Galería del palacio de Aragón.—En el fondo una escalera que desciende hasta el jardín.—A la derecha y á la izquierda dos puertas, que dan a la galería que cierra una balaustrada de dos filas de arcadas moriscas; por encima y a través de ellas se ven en el fondo los jardines del palacio, con luces que van y vienen, y en último término los remates góticos y árabes de dicho palacio, que está iluminado.—Es de noche.—Se oye música lejana.—Máscaras vestidos de dominó, aislados ó en grupo, pasean por el fondo.—En el proscenio, un grupo de jóvenes disfrasados, que llevan las caretas en la mano, hablan y ríen ruidosamente.*

## ESCENA PRIMERA.

D. SANCHO SANCHEZ DE ZÚÑIGA, conde de Monterey; D. MATÍAS CENTURION, marqués de Almuñan; D. RICARDO DE ROJAS, conde de Casapalma; D. FRANCISCO DE SOTOMAYOR, conde de Bellalcázar; D. GARCI-MARQUEZ DE CARVAJAL, conde de Peñalver.

GARCI. ¡Viva la novia y viva la alegría!

MAT. Zaragoza entera se asoma esta noche a los balcones.

GARCI. Hace bien, porque nunca vió boda tan rica, novios tan gallardos ni noche tan hermosa.

MAT. Bien por el emperador.

SAN. ¿Os acordáis, marqués, de cierta noche en que íbamos los dos con él en busca de aventuras? ¡Quién nos había de haber dicho aquel día que aquello había de acabar así!

RIC. Yo estaba allí y os contaré lo que nos sucedió. Tres galanes, un bandido, condenado al cadalso, un duque y un rey, sitiaban al mismo tiempo el corazón de una mujer: dieron el asalto y ganó el bandido.

FRAN. Eso es muy natural. El amor y la fortuna, en España, como en todas partes, juegan con dados falsos y hacen ganar al fullero.

RIC. Yo hice carrera por medio de esos amoríos, me hicieron primero conde, luego grande de España y después mayordomo de palacio. No he perdido el tiempo, sin duda.

SAN. El secreto de vuestra fortuna consiste siempre en encontraros en el camino del rey...

RIC. Haciendo valer mis derechos y mis servicios.

GARCI. Y en aprovecharos de sus distracciones.

MAT. ¿Y qué se ha hecho el duque de Silva? ¿Estará preparándose el féretro?

SAN. No os moféis de él, marqués; el duque era una alma fuerte y amaba a Doña Sol. Sesenta años tardó en ponerse gris, y un solo día ha bastado para ponerse blanco.

GARCI. ¿No ha regresado a Zaragoza?

SAN. ¿Para presenciar la boda había de regresar?

FRAN. ¿Y qué hace el emperador?

SAN. El emperador está muy triste: Lutero le da qué pensar.

RIC. Buen sujeto está ese Lutero. Acabaría con él muy pronto con cuatro soldados.

MAT. Solimán también le hace sombra.

GARCI. ¿Pero qué diablos nos importan a nosotros Lutero ni Solimán? Que se queden por allá. Las mujeres son hermosas, el baile de máscaras esta muy animado; vamos a divertirnos.

SAN. Eso es lo esencial.

RIC. Tiene razón Garci-Márquez. Yo soy otro cuando estoy en una fiesta; en cuanto me pongo el antifaz me creo que tengo otra cabeza.

FRAN. (*Indicando la puerta de la derecha*). ¿Esta es la habitación de los desposados?

GARCI. Sí, y pronto los veremos venir.

FRAN. ¿Vendrán?

GARCI. Sin duda alguna.

FRAN. Tanto mejor: ¡ella es tan hermosa!

RIC. Y el emperador bondadoso: perdona al rebelde Hernani, le colma de títulos y le une en matrimonio con Doña Sol. Si yo hubiera sido el emperador, hubiera dispuesto para él un lecho de piedra y para ella un lecho de pluma.

SAN. (*Bajo a D. MATÍAS*). De buena gana le daría una estocada a ese presuntuoso.

RIC. ¿Qué estáis diciendo?

MAT. (*Bajo a D. SANCHO*). No arméis camorra. Me recita un soneto del Petrarca.

GARCI. ¿Habéis observado, señores, entre las flores, las mujeres y los trajes de colores, un espectro con dominó negro, que estaba de pié apoyado contra una balaustrada?

RIC. Sí.

GARCI. ¿Quién es?

RIC. Por su talla y por su aire es D. Pancracio, general del mar.

FRAN. No.

GARCI. No se ha quitado aun la máscara.

FRAN. Debe ser el duque de Soma, que le gusta que se le mire.

RIC. No es, porque el duque me ha hablado.

GARCI. Entonces, ¿quién es esa máscara? Callad, aquí está.

*Entra un enmascarado con dominó negro, que cruza lentamente por el fondo. Todos se vuelven á mirarle y le siguen con la vista, sin que él lo note.*

SAN. Si los muertos andan, hé ahí su paso.

GARCI. (*Corriendo hácia el enmascarado*). ¡Máscara! (*El dominó negro se para; GARCI retrocede*). Por vida mía, señores, que he visto que sus ojos echan fuego.

SAN. Pues si es el diablo, ha encontrado ya con quien hablar. Mala sombra, ¿vienes del infierno?

EL MASCARA. No vengo, voy.

*Sigue su camino y desaparece por la escalera del fondo. Todos le siguen con la vista, mirándole con extrañeza.*

MAT. Su voz es bastante sepulcral.

GARCI. Sí, pero lo que espanta en otra parte hace reír en un baile.

SAN. Será algún gracioso de mal género.

GARCI. Y si es Lucifer que viene a vernos bailar, mientras nos espera el infierno, bailemos.

SAN. Eso será alguna bufonada.

MAT. Mañana lo sabremos.  
 SAN. ¿Por dónde se ha ido?  
 MAT. Por aquella escalera.  
 GARC. (A una dama que pasa). Marquesa, ¿seréis tan bondadosa? (La saluda y le ofrece la mano).  
 LA DAMA. Mi querido conde, bien sabéis que mi marido cuenta las veces que bailo con vos.  
 GARC. Mucho mejor; si se divierte así, él contará y nosotros bailaremos.  
 SAN. (Verdaderamente esto es singular).  
 MAT. ¡Los novios! ¡Silencio!

Entran HERNANI y DOÑA SOL, dándose la mano; ella viste magnífico traje nupcial; él traje de terciopelo negro, y lleva puesto el Toisón. Detrás de ellos salen multitud de damas y caballeros enmascarados. Cuatro pajes les preceden y dos alabarderos les siguen.

## ESCENA II.

Dichos, HERNANI, DOÑA SOL y máscaras.

HERN. (Saludando). ¡Amigos míos!  
 RIC. Vuestra felicidad es la nuestra, ilustre duque.  
 FRAN. (¡Vive Dios, que es hermosa como Vénus).  
 MAT. (A Sancho). ¿Hay algo más feliz que un día de bodas, ó mejor la noche?  
 FRAN. Ya es tarde. ¿Nos retiramos?  
 Todos van a saludar a los novios, y unos se van por una de las puertas y los otros por la escalera del fondo.  
 HERN. (Despidiéndolos). Dios os guarde.  
 SAN. (Estrechándole la mano). ¡Sed dichosos!  
 Quedan solos HERNANI y DOÑA SOL. Las luces se van apagando, y poco a poco domina el silencio y la oscuridad.

## ESCENA III.

HERNANI y DOÑA SOL.

SOL. Por fin se fueron todos.  
 HERN. (Atrayéndose). ¡Amor mío!  
 SOL. (Ruborizándose y retrocediendo). Es que... me parece que es ya muy tarde.  
 HERN. Siempre es tarde para estar solos y juntos.  
 SOL. Me ha fatigado tanto ruido. ¿No es verdad que esa alegría perturba la felicidad?  
 HERN. Es cierto. La felicidad es seria y busca corazones de bronce para grabarse en ellos lentamente. El placer la asusta, echándola flores, y su sonrisa está más cerca de llorar que de reír.  
 SOL. En tus ojos esa sonrisa es para mí la luz del día.  
 Hernani trata de llevarla hacia la puerta.  
 Luego, luego.  
 HERN. Sólo soy tu esclavo y estaré aquí hasta que tú me digas; reiré ó cantaré, lo que tú quieras, pero mi alma arde. Tu sabes lo que haces. Dile al volcán que apague sus llamas, y el volcán cerrará el cráter y vol-

verá a cubrir su falda de verde musgo y de flores: has vencido al Vesubio, que es ya tu esclavo, y nada te importa que la lava encienda su corazón. ¿Quieres que se cubra de flores? Pues forzoso será que el volcán ardiendo florezca ante tu vista.

SOL. ¡Qué bondadoso eres, Hernani de mi alma!

HERN. No quisiera pronunciaras ese nombre, porque me haces recordar todo lo que he olvidado. Una vez existió un Hernani, cuyos ojos brillaban como un puñal, un proscrito que sólo respiraba odio y venganza, un infeliz que llevaba consigo el anatema, pero yo no conozco a ese Hernani. Yo amo los prados, las flores, los bosques; yo soy Don Juan de Aragón, esposo feliz de Doña Sol de Silva.

SOL. También yo soy dichosa.

HERN. ¿Qué me importan ya los andrajos, que al entrar dejé a la puerta? Volví a mi palacio y un ángel del Señor me esperaba en el umbral. Entré y puse en pie sus derruidas columnas, volví a encender el hogar, abrí las ventanas, arrasé la yerba que crecía en las losas del patio, y respiré el encanto y el amor. Que se me devuelvan mis torres y castillos, mi penacho, mi asiento en el Consejo de Castilla, venga Doña Sol ruborizada y pura, y que nos dejen solos a los dos, y nada quiero saber ya de mi pasado. Nada vi, nada dije, nada hice. Comienzo otra vez la vida, borro mi ayer, y todo lo olvido; te tengo a tí, y me basta.

SOL. ¡Qué bien sienta ese collar de oro sobre el terciopelo negro!

HERN. Antes que a mí, viste al rey vestido del mismo modo.

SOL. Ni lo noté siquiera. ¡Qué me importan los demás hombres! Además, eso no consiste en el terciopelo ni en el raso, porque es tu cuello el que sienta bien al collar. ¿Lo ves? Estoy alegre y lloro. ¡Qué feliz soy! Respiraremos un poco contemplando esta noche hermosa.

Lo acerca a la balaustrada.

Ya se han apagado las antorchas y la música de la fiesta; sólo hemos quedado la noche y nosotros. Mientras todo duerme, vela cariñosamente la naturaleza por nosotros, y como nosotros todo reposa y está el alre embalsamado por las flores. Hace poco, mientras hablabas, el suave brillo de la luna y el timbre de tu voz llegaban juntos a mi corazón; me sentía tan alegre y tan tranquila, que hubiera querido morir en aquel momento.

HERN. ¡Quién no se olvidaría de todo al oír tu voz celeste! Tu palabra es un canto sobrehumano que me transporta a otras regiones, deslizándose mi pensamiento como el viajero llevado por las aguas de un río, que vé huir ante su vista en una noche de estío las plantas y las flores de las orillas.

SOL. Este silencio es demasiado lúgubre y esta calma demasiado profunda. Dime, amor mío, ¿no quisieras ver el fondo de una estrella? ¿No quisieras que una voz nocturna, tierna y carifosa, cantara de repente?

HERN. ¡Caprichosa! No hace mucho huías de la luz y de los cantos.

SOL. Del baile, pero no de un pájaro que cantara en el campo, ni de un ruiseñor perdido en la oscuridad, ni de alguna flauta oída desde lejos. La música dulcifica, hace que el alma sea armoniosa y despierta mil voces que cantan en el corazón. Oíría sería delicioso.

Oyese el sonido lejano de un bocina.

HERN. ¡Ah!

SOL. Dios me ha oído.

HERN. (Extremeciéndose). (¡Desdichada!)

SOL. Un ángel ha interpretado mi pensamiento; será tu ángel bueno.

HERN. Sí, mi ángel bueno... (Con amargura).

Oyese por segunda vez el sonido de la bocina.

¡Otra vez!

SOL. D. Juan, ¿has dispuesto tú esa serenata?  
 HERN. (El tigre aulla y quiere su presa).  
 SOL. Esa armonía llena el corazón de júbilo. ¿Verdad, D. Juan mío?  
 HERN. (Levantándose con aspecto terrible). ¡Llámame Hernani, llámame Hernani, que todavía existe el nombre!  
 SOL. (Temblando). ¿Qué tienes?  
 HERN. Ese anciano...  
 SOL. ¡Me asustan tus miradas! ¿Qué tienes?  
 HERN. ¡Ese anciano que se está riendo en las tinieblas!... No lo ves?  
 SOL. ¡Deliras! ¿Quién es ese anciano?  
 HERN. El anciano.  
 SOL. Te suplico de rodillas ¡oh! dime; ¿qué secreto es ese que te atormenta?  
 HERN. Se lo he jurado.  
 SOL. ¿Qué le has jurado?  
 DOÑA SOL sigue todos los movimientos de HERNANI con ansiedad. De pronto éste se pasa la mano por la frente.  
 HERN. (¡Qué le iba a decir!) ¡Yo! ¡nada! ¿De qué te hablaba?  
 SOL. Me decías...  
 HERN. No, no estaba turbado... sufría mi espíritu, pero no te asustes.  
 SOL. ¿Necesitas que te traiga algo? Ordena a tu sierva.  
 Vuelve a sonar la bocina.  
 HERN. (¡Me lo pide, me lo exige y yo se lo he jurado!) (Buscando en el cinto espada ó puñal, que no lleva). (¡Estoy desarmado!)  
 SOL. ¿Pero porqué sufres tanto?  
 HERN. Una herida antigua, que creí cerrada y que vuelve a abrirse. (Alejémosla de aquí). Sol de mi vida, escucha: en aquella cajita que en días menos felices llevaba siempre conmigo...  
 SOL. Sé cuál es... ¿qué quieres que haga?  
 HERN. Hallarás en ella un pomo de élixir, que pondrá fin al mal de que me resiento. Vé y tráemelo.  
 SOL. En seguida.  
 Váse DOÑA SOL por la puerta de la cámara nupcial.

## ESCENA IV.

HERNANI solo.

HERN. ¡Hé ahí que él viene para destruir mi felicidad! Hé aquí el dedo fatal que brilla en la muralla de mi destino.  
 Queda sumido en profunda y convulsiva abstracción; después se yergue bruscamente.  
 Pero... Todo está silencioso... No veo venir a nadie... ¡Si habrá sido una ilusión mía!  
 El máscara del dominó negro aparece en el fondo. HERNANI se queda como petrificado.

## ESCENA V.

HERNANI y el MASCARA.

EL MASCARA. «Suceda lo que suceda, cuando queráis, señor duque, en cualquier lugar, a cualquier hora que creáis que deba yo morir, tocad la bocina y yo mismo me mataré.» Este pacto tuvo por testigos a los retratos de mis antepasados. ¿Estás pronto para cumplirle?  
 HERN. (¡Es él!)  
 MASC. Vengo a tu palacio a decirte que ha llegado ya la hora, y veo que la retardas.  
 HERN. No: ¿qué es lo que quieres que haga? habla.  
 MASC. Puedes elegir entre el puñal y el veneno; traigo lo necesario y nos lo repartiremos.  
 HERN. Sea.  
 MASC. ¿Qué eliges?  
 HERN. El veneno.  
 MASC. Pues toma; bebe y acabemos.

Preséntale un pomo, que coge la mano temblorosa de HERNANI.

HERN. (Lleandose a los labios y apartandose en seguida). ¡Por piedad! Te suplico que me dejes vivir hasta mañana. Si tienes corazón, si no eres un réprobo, un fantasma ó un demonio, si sabes lo que es gozar la dicha suprema de estar enamorados, de tener veinte años y de ir a casarse, si has sentido temblar en tus brazos la mujer amada, espera hasta mañana.

MASC. ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Te burlas de mí! ¿Y qué haría yo esta noche? Moriría y mañana no habría quién te hiciera cumplir la palabra. No quiero bajar solo a la tumba y es preciso que me acompañes.

HERN. Pues bien: me libraré de tí; no te obedeceré.

MASC. Bien me lo temía. Me lo juraste por poca cosa, por la memoria de tu padre... puedes olvidarlo: la juventud es ligera.

HERN. ¡Ah! ¡Padre mío!... ¡Voy a perder la razón!

MASC. ¡Oh! eso no es más que un perjurio y una traición.

HERN. ¡Duque!

MASC. Ya que los primogénitos de las familias castellanas faltan a sus juramentos... ¡Adiós!

Dá un paso para marcharse.

HERN. No te vayas.

MASC. Entonces...

HERN. ¡Viejo cruel! Eres un infame que me persigues hasta las puertas del cielo... (HERNANI coge la redoma).

Sale DOÑA SOL sin ver al encubierto.

## ESCENA VI.

Dichos, DOÑA SOL.

SOL. No he encontrado la caja.

HERN. (¡Dios mío, ella!)

SOL. (¿Qué tiene? ¡Se asusta de verme! ¡Horrible sospecha!) ¿Qué tienes en la mano? Contéstame.

*El enmascarado se quita el antifaz. Doña Sol reconoce a D. Ruy Gomez y lanza un grito.*

¡Es un veneno!

HERN. ¡Gran Dios!

SOL. ¡Qué horrible misterio! ¡Me engañabas, D. Juan!

HERN. He debido ocultártelo. Prometí morir al duque cuando me salvó, y Aragón debe pagar esta deuda a Suva.

SOL. No eres suyo, sino mío. ¿Qué me importan a mí los demás juramentos? Duque, el amor me hace fuerte y defenderé a D. Juan contra vos y contra todo el mundo.

RUY. Defiéndele, si puedes, contra un juramento sagrado.

SOL. ¿Qué juramento?

HERN. Juré...

SOL. Nada, nada te obliga a morir, eso no puede ser; eso sería un crimen y una locura.

RUY. Vamos, D. Juan.

*Hernani va a llevarse el pomo a los labios, pero Doña Sol se lo impide.*

HERN. Déjame, Doña Sol, es preciso. Dí al duque mi palabra y juré por mi padre que me está mirando desde el cielo.

SOL. Antes arrancaréis a un tigre sus cachorros, que a mí lo que yo amo. ¿Sabéis lo que es Doña Sol? Mucho tiempo, compadecida de vuestros sesenta años, fui sumisa y tímida, pero ahora, ved mis ojos encendidos de dolor y de rabia y ved este puñal. (*Saca un puñal del seno*). Viejo insensato, cuando os amenacen mis ojos, recordad que soy de vuestra familia, y ¡ay de vos si atentáis contra la vida de mi esposo! (*Tira el puñal y cae de rodillas ante el duque*). Vedme arrodillada a vuestros pies para pedirlos que tengáis piedad de nosotros. Perdón, señor; soy una débil mujer, y cuando quiero ser más fuerte, la fuerza aborta en mi corazón y flaqueo. Os lo ruego de rodillas; tened piedad de nosotros.

RUY. ¡Doña Sol!

SOL. ¡Perdonadme! A nosotras las españolas nos lleva el dolor a decir palabras ofensivas; bien lo sabéis. No sois perverso ¡piedad! tocarle a él es matarme a mí. ¡Le amo tanto!...

RUY. Le amas demasiado.

HERN. No llores.

SOL. No quiero que mueras, amor mío; no, no quiero. Perdonadle, hoy, y os amaré también a vos.

RUY. ¡Después de él! con los restos de tu cariño; ¿creéis apagar así la sed que me devora? ¡El solo! Nada más, ¿Qué haré yo con vuestra amistad? ¡Oh rabia!; él, el corazón, el amor, el trono, y para mí la limosna de una mirada. ¡Vergüenza! No. Acabemos. Bebe.

HERN. Empeñé mi palabra y debo cumplirla.

RUY. ¡Vamos!

*Hernani vuelve a acercar el pomo a los labios; Doña Sol le vuelve a detener.*

SOL. ¡Todavía no! Oídme antes los dos.

RUY. El sepulcro está ya abierto y yo no puedo esperar.

SOL. Un instante, D. Juan. ¡Sois muy crueles los dos! No os pido más que un instante. Permitidme que esta mujer os diga lo que tiene en el corazón: dejadme hablar.

RUY. Tengo prisa.

HERN. (Su voz me destroza el alma).

SOL. Sabéis que tengo mil cosas que deciros.

RUY. (A HERNANI). ¡Es preciso morir!

SOL. Don Juan, cuando termine yo de hablar, haz lo que quieras. (*Le arrebatada el pomo*). Ya lo tengo. (*Enseñándolo a los dos hombres, que se quedan sorprendidos*).

RUY. Ya que tengo que habérmelas con dos mujeres, D. Juan, es preciso que vaya a otra parte a buscar hombres. Adiós.

*Dá algunos pasos y Hernani le detiene.*

HERN. Deteneos, duque. (*A Doña Sol*). ¿Quieres que lleve por todas partes en el mundo escrita la traición en la frente? Por piedad, dame ese veneno, por nuestro amor, por nuestra alma inmortal.

SOL. (*Sombria*). ¿Tu lo quieres?

HERN. Sí.

*Doña Sol bebe del pomo.*

SOL. Tómale ahora.

RUY. ¡Ah! ¡no era para ella!

SOL. Te repito que lo tomes.

HERN. ¿Ves lo que has hecho, viejo miserable?

SOL. No me recónvengas, que en el pomo te he dejado tu parte.

HERN. (*Tomando el pomo*). ¡Dios mío!

SOL. Tú no me hubieras dejado la mía, tú no posees el corazón de la esposa cristiana, tú no sabes amar como ama una hija de los Silvas. Bebiendo la primera estoy ya tranquila. Ahora tú, si quieres, bebe.

HERN. ¿Qué has hecho? ¡desdichada!

SOL. Lo que tú has querido.

HERN. ¡Es una muerte espantosa!

SOL. ¡Espantosa! ¿por qué?

HERN. Porque ese filtro lleva al sepulcro.

SOL. Debíamos dormir juntos esta noche; ¿Qué importa en qué lecho?

HERN. ¡Padre mío! ¡Te vengas de mí porque te he olvidado!

*Se lleva el pomo a la boca; Doña Sol le vuelve a detener.*

SOL. Echa lejos de tí ese filtro funesto, que causa dolores extraños y que extravía mi razón. Detente, D. Juan; ese veneno es muy activo y engendra en el corazón una hidra de mil dientes que le roen y le devoran. Es un fuego horrible. No bebas, que padecerás mucho.

HERN. Eres inhumano: ¿no podías haber elegido otro veneno para ella?

*Bebe y tira el pomo.*

SOL. ¿Qué has hecho?

HERN. Lo que hiciste tú.

SOL. Ven, ven, amor mío, ven a mis brazos.

*Sentándose uno al lado del otro.*

¿No es verdad que se sufre horriblemente?

HERN. No...

SOL. Hé aquí que empieza nuestra noche de bodas. ¿Estoy muy pálida, dime, para ser una prometida?

HERN. ¡Ah!

RUY. Se cumplió la fatalidad.

HERN. ¡Me desespera verla sufrir tanto! ¡oh tormento!

SOL. Cálmate; estoy mejor. Hacia nuevas claridades vamos en seguida a abrir unidos nuestras alas, y con vuelo igual iremos a un mundo mejor. ¡Un beso! Dame un solo beso.

*Se abrazan.*

RUY. ¡Oh, rabia! ¡Oh dolor!

HERN. Bendito sea el cielo que me concedió una vida rodeada de abismos y llena de espectros, pero que me consiente descansar de tan ruda carrera estrechando a la mujer querida.

RUY. ¡Son felices!

HERN. (Desfalleciendo). Ven... ven... Sol de mi alma... todo está oscuro... ¿sufres?

SOL. (Desfalleciendo también). Nada... nada ya.

HERN. ¿Ves dos luces en la sombra?

SOL. Todavía no.

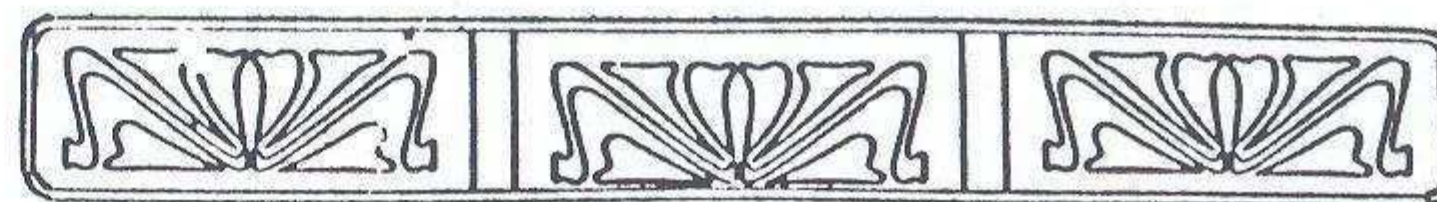
HERN. Miralas aquí... (Da un suspiro y cae).

RUY. (Levantándole la cabeza, que vuelve a caer). ¡Está muerto!

SOL. (Desgrenada e incorporándose un poco). Muerto no... dormimos... es mi esposo. Nos amamos y no hemos acostado: es nuestra noche de bodas. No le despertéis, señor duque de Mendoza: está cansado... (Vuelve la cara hacia HERNANI). Amor mí... aquí estoy... más cerca... más aún...

Cae al suelo muerta.

RUY. ¡Ha muerto! ¡Estoy conmovido! (Se mata con el puñal).



# EL REY SE DIVIERTE

DRAMA EN CINCO ACTOS

## INTRODUCCION

La aparición de este drama en el teatro dió lugar a un acto ministerial inaudito.

Al día siguiente de su estreno el autor recibió de Jouslin de la Salle, director de escena del *Teatro Francés*, el siguiente oficio, cuyo original conserva cuidadosamente.

« En este momento, que son las diez y media, acabo de recibir la orden (1) de suspender las representaciones de *EL REY SE DIVIERTE*, que me comunica M. Taillor en nombre del ministro.

Hoy 23 de Noviembre. »

La primera impresión del autor fué dudar de lo que estaba leyendo, porque el acto era arbitrario hasta lo increíble.

En efecto, la Constitución, llamada *La Carta*, dice: « Los franceses tienen derecho de publicar... » El texto no sólo concede el derecho de imprimir, sino el derecho de publicar. El teatro, pues, no es más que un medio de publicación como la prensa, como el grabado y como la litografía. La libertad del teatro está implícitamente consignada en la Constitución como las demás libertades del pensamiento. La ley fundamental añade: « La censura no podrá restablecerse nunca. » No dice el texto la censura de los periódicos, la censura de los libros; habla de la censura en general, lo mismo de la del teatro como de la de los escritos. Las obras dramáticas no pueden ser, pues, legalmente censuradas. En otra parte la Constitución dice: « Queda abolida la confiscación. » Ahora bien, la supresión de una obra, después de haberse representado, no sólo es un acto monstruoso de censura y de arbitrariedad, sino que es además una verdadera confiscación, porque roba violentamente al autor y al teatro su legítima propiedad.

En fin, para que todo sea claro, para que los cuatro ó cinco grandes principios sociales que la Revolución francesa grabó en bronce queden intactos sobre sus pedestales de granito, para que se pueda atacar solapadamente el derecho común de los franceses con las cuarenta mil viejas armas melladas que el orin devora en el arsenal de nuestras leyes, la Constitución

1) La palabra orden está subrayada en el oficio manuscrito.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

RUY. ¡Oh, rabia! ¡Oh dolor!

HERN. Bendito sea el cielo que me concedió una vida rodeada de abismos y llena de espectros, pero que me consiente descansar de tan ruda carrera estrechando a la mujer querida.

RUY. ¡Son felices!

HERN. (*Desfalleciendo*). Ven... ven... Sol de mi alma... todo está oscuro... ¿sufres?

SOL. (*Desfalleciendo también*). Nada... nada ya.

HERN. ¿Ves dos luces en la sombra?

SOL. Todavía no.

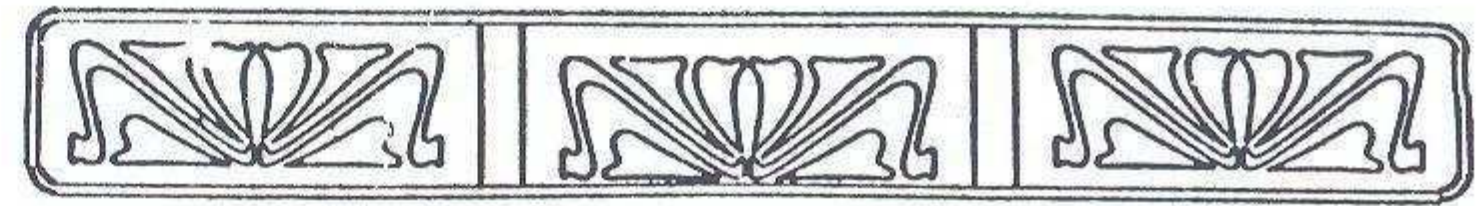
HERN. Míralas aquí... (*Da un suspiro y cae*).

RUY. (*Levantándole la cabeza, que vuelve a caer*). ¡Está muerto!

SOL. (*Desgreñada e incorporándose un poco*). Muerto no... dormimos... es mi esposo. Nos amamos y no hemos acostado: es nuestra noche de bodas. No le despertéis, señor duque de Mendoza: está cansado... (*Vuelve la cara hacia HERNANI*). Amor mío... aquí estoy... más cerca... más aún...

*Cae al suelo muerta.*

RUY. ¡Ha muerto! ¡Estoy condenado! (*Se mata con el puñal*).



# EL REY SE DIVIERTE

DRAMA EN CINCO ACTOS

## INTRODUCCION

La aparición de este drama en el teatro dió lugar a un acto ministerial inaudito.

Al día siguiente de su estreno el autor recibió de Jouslin de la Salle, director de escena del *Teatro Francés*, el siguiente oficio, cuyo original conserva cuidadosamente.

« En este momento, que son las diez y media, acabo de recibir la *orden* (1) de suspender las representaciones de *EL REY SE DIVIERTE*, que me comunica M. Taillor en nombre del ministro.

Hoy 23 de Noviembre. »

La primera impresion del autor fué dudar de lo que estaba leyendo, porque el acto era arbitrario hasta lo increíble.

En efecto, la Constitución, llamada *La Carta*, dice: « Los franceses tienen derecho de publicar... » El texto no sólo concede el derecho de imprimir, sino el derecho de publicar. El teatro, pues, no es más que un medio de publicación como la prensa, como el grabado y como la litografía. La libertad del teatro está implícitamente consignada en la Constitución como las demás libertades del pensamiento. La ley fundamental añade: « La censura no podrá restablecerse nunca. » No dice el texto la censura de los periódicos, la censura de los libros; habla de la censura en general, lo mismo de la del teatro como de la de los escritos. Las obras dramáticas no pueden ser, pues, legalmente censuradas. En otra parte la Constitución dice: « Queda abolida la confiscación. » Ahora bien, la supresión de una obra, después de haberse representado, no sólo es un acto monstruoso de censura y de arbitrariedad, sino que es además una verdadera confiscación, porque roba violentamente al autor y al teatro su legítima propiedad.

En fin, para que todo sea claro, para que los cuatro ó cinco grandes principios sociales que la Revolución francesa grabó en bronce queden intactos sobre sus pedestales de granito, para que se pueda atacar solapadamente el derecho comun de los franceses con las cuarenta mil viejas armas melladas que el orin devora en el arsenal de nuestras leyes, la Constitución

1) La palabra orden está subrayada en el oficio manuscrito.